

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

4

La Novela Semanal Cinematográfica



EL
JOVEN
MEDARDUS

POR

Michael Warkony

UNA PESETA

BIBLIOTECA

Las Grandes Películas

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 17 - BARCELONA

9 EL JOVEN
MEDARDUS

INTERPRETADA POR

MICHAEL WARKONY

Monumental superproducción
de interesante y sugestivo
— asunto —



Joaquín Heria, impresor
Gerona, 11 - Barcelona

EL JOVEN MEDARDUS

Producción monumental "SASCHA"

Concesionario

CINEMATOGRAFICA VERDAGUER, S. A.

Consejo de Ciento, 290. - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Argumento de la película de dicho título

1

Transcurría el año de 1800. Ceñía la corona de Austria Francisco I y reinaba en Francia y era dueño de los destinos del mundo el Emperador Napoleón Bonaparte. Todas las rutas de Europa habían sido ensangrentadas al paso de las legiones napoleónicas, que arrollaban los viejos principios tradicionales por los que se regían los pueblos imponiéndoles una nueva ley e iluminando los espíritus con los valores ideales a los que diera vida la antorcha de la Revolución francesa.

También a España habían llegado las fuerzas del caudillo corso, y en la lucha empeñada en toda la Península las aguijas del Emperador comenzaban a caer heridas de muerte.

Los austriacos no podían olvidar la afrenta de la derrota que les había infligido Bonaparte en 1805, y creyendo propia la ocasión para tomar el desquite, el Gobierno comenzó a hacer aprestos. Las tropas y el pueblo estaban enardecidos por el ansia de revancha. El fuego del heroísmo había prendido en los pechos de los patriotas, y mientras Francisco I pedía su apoyo a Dios para sus armas, los vieneses, seguros del triunfo, aclamaban a los soldados, saludando a las primeras fuerzas que salían de la ciudad para emprender la loca aventura de derrotar a los ejércitos franceses.

En Viena, residencia de la Corte, todos rivalizaban en ardor bélico: aristócratas y menestrales, criadas del servicio y señoras de la nobleza, lechuguinos y desherrapados.

Berger, maestro tornero, lo mismo que otros valientes que lanzaban sus gritos heroicos detrás del mostrador, habíase tocado con un viejo casco y blandiendo un hierro hería el aire con sus voces, animando al combate al grupo de doncellas y de pilluelos que le oían con asombro en su tienda, bien que él fuera un hombre pacífico que por su gusto se encontraría en todas partes... donde no corriese peligro.

Hija de Berger era una linda jovencita, Ana de nombre, graciosa muchacha, cuya belleza ingenua se adornaba con los encantos de unos modales que hacían adivinar la humildad de su alma, siempre asomándole al rostro encendido por las rosas del rubor.

Ana, desde su adolescencia, acariciaba un sueño amoroso. Un día ella puso sus ojos azules en Medardus. Él la miró y los dos sonrieron;

y desde entonces la hija de Berger sólo tuvo pensamientos para el hombre que en la aurora de un instante hizo nacer en su corazón una gloriosa esperanza.

Medardus Clark, austríaco de padre, poseía una apostura gallarda, una mirada franca y un espíritu activo y generoso. En unión de su madre y de su hermana Agata, dirigía un pequeño negocio de libros que constituía su único medio de vida. Pero al sonar de las



...lo mismo que otros valientes que lanzaban sus gritos heroicos detrás del mostrador...

trompas nupciales pensó que se debía a su patria y se dispuso a ofrecerle su sangre y a luchar por ella.

Avanzaba el día en el que Viena despertó con el grito de «Guerra» en los techos. En la casita de la familia Clark, Medardus, con su



Medardus Clark: (Michael Wackony)

madre y su hermana oían los rumores de la multitud viloreando a las tropas... Estaban en una sala espaciosa, de techo artesonado, con una ventana por la que entraba la luz de la tarde.

Sentada en un taburete, Francisca Clark, la madre de Medardus, una señora de aspecto austero, con el rostro de líneas severas enmarcado por la orla blanca de sus cabellos de plata, suspiró profundamente.

Cerca de ella, Agata Clark, su hija, una joven de gentil presencia, sonreía a sus pensamientos, que iban hacia su novio Francisco de Valois, el hijo del Duque de Valois, Pretendiente a la Corona de Francia.

Seguían llegando de la calle las voces de la muchedumbre entre gritos de «Victoria por Austria» y ¡Dios salve a nuestros ejércitos!

Francisca Clark llamó a su hijo:

—Medardus, ¡oyeme.

El se aproximó, advirtiendo la emoción de angustia y de odio que palpitaba en aquellas palabras.

—¿Qué tienes, madre?—le preguntó.

—¿No llegan hasta ti los rumores con que los vicheses despiden a las tropas?

—Sí, y al oírlos pienso en que yo debía estar entre ellos.

Las manos de Francisca Clark se pasaron en la frente de su hijo.

—¿Qué tristes recuerdos evocan en mí los gritos de la multitud!—exclamó.

De sus ojos resbaló una lágrima, ofrenda suya al recuerdo. Alzó la voz, temblorosa de ira dijo:

—No olvidéis, hijos míos, que vuestra padre murió a manos de las tropas de Napoleón.

Se había erguido, adquiriendo su actitud la soberanía de la indignación pronta a romper los diques de la continencia.

Fue en 1805—añadió—en una batalla trabada en los alrededores de Austerlitz...

Al calor de las frases maternales, la imaginación de Medardus se animó dando vida al sangriento episodio.

—Vuestro padre—prosiguió Francisca Clark—peleaba como teniente de voluntarios...

Titubeó con la garganta arañada por los sollozos.

—...y murió por Austria heroicamente...

Su voz se le truncó en un gemido. El recuerdo reavivaba su pena de entonces. Ella era joven aún y la muerte vino a sumirla en los dolores de la viudez. Ella amaba con pasión a su marido y la muerte se lo arrebató...

Alzó su brazo como señalando a los enemigos de su patria, y mirando a Medardus, dijo:

—Tal vez mañana puedas vengarle tú. Vibraron sus palabras como un ruego y como un mandato. Puesta en pie, con su cabeza nimbada por la niebla de los años, Francisca Clark volvía a sufrir el martirio de los días que siguieron a la muerte de su marido.

Los que hoy marchan al combate, vengarán aquella derrota y la muerte de tantos bravos como allí perecieron...

Medardus cogió una mano de su madre y se puso a acariciarla.

—Ya tengo confianza en ti, hijo mío.

—Y yo, madre, te agradezco esa confianza.

—Eres mi único descendiente varón. No tengo otro.

Hablaban los dos, Francisca Clark y su hijo, en tono bajo, delante de Agata, que no comprendía el misterio de aquella conversación.

—Hasta hoy—añadió Francisca—pase en ti todas las esperanzas de mi raza.

—Gracias, madre.

—Tú eres el encargada de perpetuar el nombre de Octavio Clark, el teniente de vo-

luntarios que supo morir dejándame sola con vosotros...

Medardus besó las huellas que el llanto dejaba en las mejillas de la anciana.

—Tú eres el que nos defiendes de la miseria con tu trabajo...

Medardus ocultó su cabeza en el seno de la mujer que le había dado la vida.

—Cuando me quedé viuda, tú, niño aún, me diste el consuelo de ver como crecía tu cuerpo en fuerza y tu alma en nobleza...

Francisca Clark levantó el rostro, miró a su hijo y concluyó:

—Pues bien, tú que eres para mí todo eso... desde este instante ya no me perteneces. Renuncio a ti. Austria te llama. Cuando llegues tu hora, acude con todo tu valor a defender nuestra causa. Y si mueres...

No pudo proseguir. Lloraba su voz. Había lágrimas en sus palabras. La fuerza que la sostuviera comenzaba a faltarle.

—... y si mueres...

Se rehizo y enlazó con sus brazos a Medardus, como si quisiera defenderlo del peligro.

—¡No, tú no morirás! ¡No puedes morir!

—Y si muriese, madre, tú sabrías sobreponerte a tu dolor, contenta de que tu hijo hubiera dado su vida por la libertad y la gloria de nuestro pueblo.

Se unieron en un abrazo. Agata los observó y su corazón sobresaltóse de temor.

—Dado que podamos vencer a Bonaparte—dijo.

Su hermano se volvió herido por la voz segura de Agata, por su falta de confianza en Austria y por su poca fe en los destinos de su patria.

—¿Qué dices?

—Nadie ha logrado vencer aún a Napoleón... Es el genio de la guerra.

Medardus sintió pena oyéndola.

—Tu amor por Francisco de Valois te hace admirar a quien deberías odiar, como austriaca y como hija...

—No es eso, Medardus. Comprendeme lo que quiero decir...

—Tu novio es francés—lo interrumpió el joven—aunque la ambición de su padre lo haya arrojado con el Duque al destierro...

—Los Valois detestan a Napoleón, al que consideran un usurpador de sus derechos al trono de Luis XVI—replicó Agata.

—Baste, hijos míos—interrumpió la madre.—¡Que cada uno sepa cumplir con su deber, sin olvidar nunca que vuestro padre murió herido por la metralla francesa!

En las calles ibase apagando el rumor de las gentes que aclamaban a los soldados.

La estancia donde se hallaba la familia Clark anegábase en sombras.

Poco a poco, lentamente, alzábase de la tierra la noche.

El Duque de Valois, al que una antigua afcción había dejado ciego, vivía con sus hijos en Viena en una suntuosa mansión, donde trataba de hacer menos duro el destierro sosteniendo frecuentes reuniones con los realistas que sus partidarios de París le enviaban para comunicarle la marcha de los negocios políticos y las posibilidades del triunfo de sus aspiraciones como pretendiente a la corona de Francia.

Era el Duque de Valois hombre de avanzada edad, arruinado por las enfermedades y de carácter altanero. Pudo salvarse con los suyos de la marejada revolucionaria que sepultó tantas vidas. Y ahora, en el extranjero, sostenía sus ambiciones manteniendo frecuente correspondencia con los legitimistas que intrigaban en París para restaurar la monarquía.

Elena y Francisco, los dos hijos del Duque, no parecían hermanos. Ninguna semejanza existía entre ellos. Sus espíritus y sus costumbres dispares los alejaban el uno del otro.

Ella poseía una belleza intensa, morena, de ojos negros y profundos, labios cortados, voz de timbre violento y en el rostro una expresión dura. Su cuerpo era de una elegancia majestuosa y sus movimientos tenían el imperio de

una voluntad siempre tensa que no se arredra ante los obstáculos. De temperamento pasional, había superlitado todas sus ideas y sensaciones al logro de sus deseos, y ella era la que instigaba la ambición de su padre animándole a sostener el fuego de la conjura que en la capital de Francia se tramaba para erigir sobre el trono de San Luis la figura altiva de un rey que substituyese al monarca decapitado por la cuchilla de la guillotina. En su alma de mujer no había ninguna debilidad. Ni amores ni ternuras cabían en el pecho de Elena de Valois.

Siempre acompañando a su padre, sin abandonarlo ni un momento, esta mujer fuerte estaba dominada por la idea fija de una restauración imposible que hiciese reinar al Duque poniendo en sus manos el cetro de Carlomagno. Toda su juventud, arrogante y próspera, de una espléndida hermosura, aplicaba su energía al logro de estos deseos.

Su hermano Francisco, por el contrario, era todo afabilidad y sencillez. El, que con arreglo a las leyes hereditarias debía suceder a su padre recogiendo sus derechos y haciéndolos valer de acuerdo con las pretensiones realistas, había renunciado a ser algún día rey de los franceses, y sólo aspiraba a que su vida fuese semejante al manso correr de las aguas de un río. Ajeno a las intrigas del Duque y de Elena, Francisco cultivaba otra suerte de ilusiones más en consonancia con su carácter dulce y tranquilo, ni inquieto ni ambicioso.

Cierta día, siempre presente en su recuerdo, hubo de conocer a Agata Clark. La belleza de la hermana de Medardus le impresionó vivamente. Aquella joven produjo en él como un despertar de afanes. Soñó con ella. La habló y su voz conmovió toda su sensibilidad.

Desde entonces se amaron. No tuvieron en



Elena de Valois

cuenta la distancia que los separaba. Su cariño supo hacer caso omiso de las diferencias de clase, y como un secreto encantado nació entre ellos una amistad que los acercó cada día más hasta empujarlos a las frondas de la pasión.

Francisco y Agata oyeron juntos los rumores del viento que besaba las aguas del Danubio, mientras ellos con las manos juntas se deslizaban por sus márgenes diciéndose las palabras armoniosas de sus amores nacientes.

No tuvieron miedo al destino, que padía separarlos. Ella era una mujer de la burguesía vienesa y él el descendiente de un Valois, por cuyas venas corría sangre real.

Acaso alguna vez la duda prendió en sus ánimas, pensando en el porvenir, pero las palabras supieron disiparla cantando la oración del amor llena de resonancias primaverales.

El correo trajo al palacio del Duque una noticia de buen augurio.

Fue al día siguiente de la partida de Viena de las tropas austriacas.

El Duque y sus hijos hallábanse en el salón de recepciones. Elena desplegó un periódico y tomó asiento cerca de su padre para leerlo.

—Aproxímate, Francisco. Enterate bien de lo que se dice de nuestros amigos—dijo el Duque.

—Mi hermano—repuso Elena—no se interesa por los esfuerzos que hacen nuestras partidarios. Tiene otras preocupaciones...

—¿Es cierto eso?

—Ya sabéis, padre mío, que Elena nunca tuvo para mí una frase amable, como si le complaciese irritaros en contra mía.

—Bien, dejemos ahora esto y atendamos a lo que dice el periódico... Elena, haznos el favor, lee.

Y la voz de Elena sonó fría y cortante, mientras sus ojos soarcian barlones mirando a su hermano:

«Comunican de París que, aprovechando la ausencia del Emperador que se encuentra preparando personalmente la campaña contra Austria, los realistas, instigados por el Duque de Valois, conspiran preparando un nuevo alzamiento en la Gironda...»

Las facciones del Duque cobraron nueva vida oyendo a su hija. Viejo y enfermo, sólo le sostenía la esperanza de reinar, esperanza que Elena fomentaba incesantemente.

—¿Qué pensáis vosotros de esta noticia?—preguntó el Duque.

—Presiento—dijo Elena—que Napoleón será derrotado, quedándonos de esta suerte expedito el camino de París...

—Cierto, hija mía... Y tú, Francisco, ¿qué piensas?

No sé qué contestaros, pero dudo mucho de que Napoleón sea vencido por Austria, después de derrotar a las potencias coaligadas.

—Ya lo veis, señor, cómo habla mi hermano. Díjese que desea el triunfo de nuestro enemigo—lamentó Elena.

El Duque dejó su asiento y cogiéndose del brazo de su hija, avanzó hasta Francisco.

—Escuchame—le dijo.—En París, nuestros amigos burlan la muerte jugando a todas horas la vida por reponernos en el trono. ¿Crees pues plausible tu manera de expresarte cuando ellos luchan por hacer de ti el Príncipe heredero?

Francisco no contestó. Le apenas que su padre alimentase ambiciones que creía irreales y le entristecía que fuera su hermana la que más contribuyese a mantenerlo en su engaño. El, más cerca de la realidad, advirtiendo como el poder de Napoleón se acre-

contaba después de cada victoria, no tenía deseo alguno de intervenir en las intrigas legitimistas, manteniéndose alejado de sus discordias.

—Qué triste es para mí oír cómo se expresa mi hijo!—exclamó el Duque.

A tientas con su bastón, apoyándose en el hombro de un servidor que acababa de entrar, alejóse el descendiente del infortunado Capeto.

Solos Elena y Francisco, esperaron a que su padre desapareciese. Y cuando el eco de sus pasos se perdió, Francisco dijo a su hermana:

—¿Por qué le complaces en fomentar sus ilusiones?

—Porque al hacerlo replicó Elena—dejiendo el legado que nos dejó en el cadalso Luis XVI.

—¿Pero no te das cuenta de que esos sueños son imposibles?

—Imposibles para ti, pues en tu alma no alienta el fervor de la realeza.

—Nadie ha podido vencer a Napoleón—prosiguió Francisco,—y no han de ser las audacias de nuestros amigos las que den al traste con su imperio.

—¿Son esas tus ideas?

—Son el fruto que extrajo de la situación política de Europa, cada día más subyugada por Bonaparte.

Elena miró a su hermano con desprecio, reflejando en su semblante la lástima que le producía oírle hablar como lo hacía.

—No concibo como un Valois puede expresarse así!—exclamó.

Estridieron sus palabras como si el rencor se las dictase.

—Desde que sostienes relaciones con Agata Clark, tus nobles sentimientos han degenerado lastimosamente.

Francisco rechazó la injuria con que Elena le fustigaba.

—Agata Clark es una muchacha bandadosa, de alma limpia—dijo.

—Agata Clark es la hija de una vendedora de libros.

—¿Y qué importa? Su bondad no sufre



—¿Pero no te das cuenta de que esos sueños son imposibles?

menoscabo por eso; y yo te aseguro que el que se acerca a ella y merece una de sus miradas siente al momento la necesidad de ser mejor, de elevarse sobre las miserias que le rodean para seguir mereciendo la caricia de la luz de sus ojos.

—¡Pobre hermano mío! Permíteme que te compadezca...

Elena se irguió tomando toda su estatura,

haciendo más atrevida la arrogancia orgullosa de su cuerpo y volvió las espaldas a su hermano.

Las ocultas relaciones a que aludió Elena manteníanse dentro de los límites de una prudente reserva. Los amores de Francisco de Valois y de Agata Clark procuraban recatarse, como si temiesen los comentarios de los hombres.

Los jóvenes se veían todas las tardes en el patio de la casa de los Clark, al que daba paso un portalón. Allí, sin miedo a las miradas indiscretas, sosteníanse sus diálogos llenos de intimidad y florecidos de promesas.

Después de la conversación sostenida con su hermana, Francisco acudió al lugar de la cita. Agata ya lo esperaba, y los dos jóvenes se entregaron al entusiasmo de un instante en el que se oyó la música alegre de un beso.

—¡Mi querida niña!—decíale él estrechándola.

—¿Cuándo podremos confesar a tu padre nuestro amor?—le preguntó ella.

Francisco no se atrevió a repetir lo que acababa de decirle su hermana, escarneciendo su cariño.

—¿Temes todavía que me rechace porque mi apellido no es noble?

Agata le hizo su pregunta toda temerosa. Conocía el orgullo del Duque y de Elena, y sus esperanzas vacilaban ante el miedo de que no la aceptasen como esposa de Francisco.

—Tú me quieres ¿verdad?—inquirió él.

—Hace tiempo que te respondí. Pero si quieres que vuelva a contestarte, te diré de nuevo que sí...

Estaban juntos, unidos por su cariño, respirando las palabras que se decían.

—¡Agata, mi Agata!—exclamó él abrazándola.

—Me parece que estás triste.

—No, todo lo contrario. A tu lado sólo

puedo estar alegre, con una alegría inmensa que bebe en las fuentes de tus ojos, manantiales de mi dicha.

Era entonces la hora del diario paseo del Duque. Acompañado de su hija, salía todas las tardes en coche recorriendo las sendas arenosas de los jardines vieneses.

Al verlos pasar, las gentes se detenían curiosas.

—Es el Duque de Valois, pretendiente a la corona de Francia—decían.

—Su eterna ambición irrealizable—comentaba alguno.

Indiferentes a los comentarios, pasaban en su coche el viejo ciego lleno del orgullo de su origen y su altiva hija, cuyos ojos fijábanse en los transeúntes con miradas de reina, como si pretendiese oponerse a los juicios de los que los juzgaban tal que a la majestad caída que arrastra su armiño en jirones por las soledades del destierro.

Para Francisco, en cambio, sólo existía una ambición, ajena en absoluto a los fulgores de la realeza. Para Francisco, Agata era el caudal de todas las ilusiones. Ella y sólo ella constituía el objeto de sus esperanzas, que buscaba en la palabra su expresión más arrobada.

—Hoy mismo hablaré con mi padre—prometió.

Agata puso en su voz las sonas más dulces para decirle:

—Háblale, sí, háblale refiriéndole la fuerza de nuestra pasión, y él te oirá y te hará caso.

—El es orgulloso, pero más orgullosa es aún mi hermana.

Como mujer, la hermana sabrá comprenderte.

No sé... De todos modos, venceré su oposición y espero obtener el consentimiento de mi padre para nuestro enlace.

Se callaron, soñando con sus deseos. Allá en lo alto, en el cielo azul latían las estrellas como corazones de plata. Ellos las veían brillar y seguían soñando, haciendo votos por la realización de sus sueños.

Dentro de la casa de la familia Clark, Medardus hablaba con Etzel, dependiente de la librería y fiel depositario de sus confianzas.

—¿Cuándo piensas unirte a las tropas, Medardus?

—Dentro de dos días saldré formando en el regimiento de voluntarios contestó el hijo de Francisca Clark.

—¿Y dejaras a tu novia?

Ana Berger no tiene más voluntad que la mía. Aparte de que nada me detendría en el cumplimiento de mi deber.

Estaban en la tienda arreglando las estanterías, colocando libros y trasladándolos de un lado a otro.

—Lo único que me preocupa es mi hermana Agata. Quisiera, antes de partir, deshacer sus relaciones con el hijo del Duque.

—Ella está enamorada.

—Lo sé, y eso me inquieta. ¿Tú lo conoces a él?

—¿Qué decirte? Su aspecto no habla en su contra. No es orgulloso como el Duque ni su hija; parece bondadoso... Pero siempre será el descendiente de un Valois.

Medardus y Etzel torcieron la cabeza mirando a la portezuela que comunicaba con el patio, que se abrió, apareciendo Agata en su marco y deteniéndose al ver a su hermano.

—¿De dónde vienes?—le preguntó él con acritud.

—Acabo de salir—contestó ella desviando el sentido de la pregunta.

—Agata... ten cuidado con lo que haces!

Ella quiso calmar la inquietud de Medardus.

Ya sé—le dijo—que mis relaciones con Francisco de Valois te inspiran cierto recelo.

—¿Es que tú confías en que se case contigo?

—Si no lo creyese, me rompería el corazón antes que seguir queriéndolo.

—Agata!

—¿Qué?

—No seas demasiado crédula.

La joven buscó en sí misma toda la energía de que era capaz, y en voz alta, como en una promesa hecha a Dios y a los hombres, exclamó:

—¡Te juro que sabría morir si no estuviese segura de que ninguna infamia ha de caer sobre nuestro apellido por culpa de mis amores!

No bastaron a desvanecer los temores de Medardus las palabras de su hermana; pero de momento dió tregua a sus quejas, aceptando las seguridades que ella le ofrecía.

—No dudes de mí, Agata; de lo que dudo es de que los Valois olviden su soberbia afrentosa para acogerte en su familia.

Agata se entristeció. De nuevo venía a ella, en alas de la angustia, el recuerdo de lo que en otras ocasiones le dijera su novio acerca de los suyos. El, sin embargo, le había prometido hablar con el Duque y recabar su consentimiento para desposarla. ¿Cumpliría Francisco su promesa?

Arababa de regresar el Duque de su paseo y habíase detenido en lo alto de la escalinata de su palacio. Sus ojos muertos dirigíanse a una lejanía iluminada por los resplandores de los fastos triunfales que debían señalar la fecha de su regreso como monarca a la capital de Francia.

Francisco se detuvo antes de acercarse. Estaba dispuesto a afrontar el enojo del Duque cumpliendo la promesa que hiciera a Agata. No se atrevía, sin embargo, Esperaba que su

hermana, en la que presentía un enemigo, lo dejase solo.

Elena, que acompañaba a su padre, entró en el palacio. Llegado era el instante de poner en práctica su propósito. ¿Cómo lo acogería su padre?

Dió unos pasos dirigiéndose a él. Volvió a detenerse. Temía por su amor.

—Padre mío...

El Duque le tendió las manos.

—¿Eres tú, Francisco?

—Yo soy, tengo que decirte...

Titubeó, como si no encontrase palabras para expresar su pensamiento.

—¿Por qué te callas? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Francisco venció al fin su indecisión.

—Tengo que confesaros que he dado mi palabra de casamiento a una joven haurada.

—¿Cómo?... A ver, acércate. Hasta hoy no me has dicho nada. Será, por supuesto, de rango real.

Vaciló Francisco, sin atreverse a decir toda la verdad.

—¿Cuál es su nombre?—preguntó el Duque.

—Se llama Agata Clark y es una joven vienesa de origen modesto.

El Duque alzó sus brazos como si quisiera poner por testigo de la demencia de su hijo al mismo Dios.

—¿Qué escuchas, desventurado?... ¿Tú, el último descendiente de Luis XVI, pretendes traicionar las esperanzas de nuestros fieles casándose con una desconocida?

Miraba por sus ojos ciegos el viejo Valois como si ahondase el abismo en el que quería arrojarse su hijo. Temblábale todo el rostro marchito y sus labios se estremecían deseando dar salida a su indignación.

Pero Francisco ya no lo temía. Poseído por

su amor, sentíase fuerte para resistir la cólera paterna y halló en su cariño por Agata acentos enérgicos con los que replicar a su padre.

—Sólo casándome con Agata Clark puedo ser feliz—dijo.

—¿Callate! Sella tu boca. Tu felicidad carece de sentido ante las exigencias que te impone tu deber.

No fue el capricho de los deseos, sino la voluntad del corazón lo que me hizo elegir a Agata entre todas las mujeres—replicó Francisco.

El Duque se encendió en ira, y de una vez para siempre expresó su decisión con estas palabras:

—¿Antes quiero verte muerto que contemplar mis blasones mancillados por esa unión!

Y el Duque, alargando el brazo hasta encontrar el del criado que siempre le seguía sirviéndole de luzarillo, dejó a su hijo sin que su corazón de padre sintiese la necesidad de calmar con una frase cariñosa el dolor en el que acababa de hundirse.

Francisco miró a su alrededor con una íntima desolación. ¿Qué hacer? Muertas sus esperanzas, ¿a dónde orientar sus ilusiones?

Aquella misma noche, Francisco de Valois decidió visitar a su novia para decirle el triste fin que el Duque había puesto a sus amores. El no podía oponerse a la voluntad, en aquellos tiempos onimoda, de su padre. No podía tampoco luchar contra ella. Y abarcando su inmensa desgracia, prefirió proceder con arreglo a las normas de honradez que le dictaba su conciencia a seguir cerca de Agata sosteniendo su esperanza de que algún día sería su esposa.

Sufrió mucho antes de determinarse a confesar a su novia la suerte que les esperaba. Porque él sentíase débil para renunciar a su cariño.

Cuando por último se presentó en la casa de los Clark, a la hora en que la familia se disponía a cenar, al ver en sí fijas todas las miradas, flaqueó su valor.

En los umbrales de la estancia, Francisco, detenido por todos aquellos ojos puestos en él, sintió que le faltaban ánimos para decir la verdad.

Nadie se explicaba su presencia. Era la

primera vez que entraba en la humilde vivienda de su novia.

Todos se habían puesto en pie al verlo y esperaban que hablase.

Y Francisco de Valois habló:

He querido venir yo mismo a traerla la grata nueva...



En los umbrales de la estancia, Francisco, detenido por todos aquellos ojos puestos en él, sintió que le faltaban ánimos para decir la verdad.

Nada podía contener ya su mentira. Agata, recordando la promesa que le hiciera aquella tarde, mirábalo con un ansia infinita.

—Mi padre—añadió Francisco—tendrá el honor de venir personalmente a pedir para mí la mano de Agata.

La madre de Medardus abrazó a su hija, gozándose en su felicidad.

Todos los ojos fijábanse ahora en Francisco, dándole la bienvenida por su mensaje.

Medardus fué el primero en tenderle la mano.

—Sus palabras —le dijo— desvanecen la inquietud con que yo miraba estas amores.

Y cogiendo a su hermana la acercó a Francisco, que ocultaba su angustia bajo la máscara de una amarga sonrisa.

Agata no advirtió el engaño. Necesitaba creer en lo que él había anunciado y su rostro alboreaba con una alegría que iluminaba sus pupilas.

Brotaron de todas las bocas palabras de felicitación, y la vieja Clark sonreía entre lágrimas.

—Mañana me uno a mi regimiento —anunció Medardus.

Ana Berger, que se encontraba en la casa de los Clark, no pudo contener su pena al oír a su novio.

—Y esta noche —prosiguió Medardus— antes de partir para la guerra, hemos acordado unos cuantos amigos reunirnos en la Bodega del Avellano, a orillas del río.

Ana le imploró:

—Quédate hoy a mi lado.

—He prometido salir —no debo hacer esperar a mis amigos.

Con lágrimas en la voz y una tristeza muy grande en su mirada azul, tan azul que sus ojos parecían hechos con pedazos de cielo, Ana volvió a ragar.

Quédate... Mañana te irás, y quien sabe cuándo nos volveremos a ver.

El cariño de la hija de Berger por Medardus era de una naturalidad íntima y reposada, como convenia a su carácter tímido; pero era también muy hondo y sólo sintiendo palpar su pulso podía adivinarse su intensidad.

—Quédate —insistió mimosa.

—Tranquízate, Ana... El Dios del Amor me dejará regresar con vida.

—Entonces... ¿te vas?

Le estrechaba las manos haciéndole sentir la presión de las suyas, tibias como pechugas de paloma.

Medardus sentía por ella, más que amor, un afecto de hermano. Su ternura era la que le había vencido.

Y Ana, húmedos los ojos, temblorosa y triste, insistía en decirle que se quedase y su voz temblaba con tanta pena, que, aun después de que su onda armoniosa se perdía, quedaba su eco repitiendo siempre:

—¿Te vas?... ¿Te vas?...

Pero Medardus se fué... Se fué dejando a la dulce mujer que sólo sabía amarlo y que le vio marchar sin una queja, sin una protesta, aunque su pobre corazón se lacerase.

En cuanto Medardus salió, Francisco de Valois atrajo a Agata a donde no podían oírlos y le dijo:

—He mentido, Agata.

Ella no comprendió bien la brusca afirmación de su novio.

—Lo que dije al venir aquí, no es cierto —añadió Francisco.

Agata apoyóse en él, temiendo caer desfallecida.

Mi padre no consiente nuestro matrimonio... Tenemos que renunciar a nuestro sueño.

¿Habéis oído alguna vez el llanto angustioso de una madre que pierde a su hijo? El fruto de sus entrañas agoniza en sus brazos. Ya cerró los ojos. La madre oye su estertor y grita, grita llamando a su pequeño niño. Pero el niño no le oye y se muere.

Así como el llanto de esta madre fué el de Agata al ver cómo se moría su amor, cómo la muerte que engendraron las palabras de su novio le arrebató la vida, cuando ella, precisamente, lo creía más lleno de salud.

No le fué dable evitarlo. Un gemido lastimoso salió de su garganta y las lágrimas del dolor cayeron de sus ojos como una lluvia pavorosa de tormenta.

La madre corrió a ella.

—¿Por qué lloras?

Agata miró a su madre a través de sus lágrimas y supo sonreír.

—Lloro de alegría... ¡Soy tan dichosa!

Creyó que el corazón se le iba a romper después de decir estas palabras.

La anciana Clark viendo aquellas lágrimas de alegría, que eran como rocío benéfico para su alma, lloró también.

Como un murmullo sonó la voz de Agata diciéndole a su novio:

—Quiero hablarte... Salgamos.

—¿Os vais?—preguntó su madre.

—Sí, pronto volveremos.

—Hasta luego entonces, hijos míos... No prolonguéis mucho vuestro paseo.

Salieron. Sus pasos, uno tras otro, hallaron eco en la noche. Ellos no sabían a donde se dirigían. Fuera estaba el campo lleno de sombras. ¿Se atreverían a caminar por él?...

En la Bodega del Avellano reuníanse entonces Medardus y sus amigos. Todos jóvenes, todos soldados que al día siguiente se embarcarían en el ejército para luchar por el honor de las armas austriacas contra las fuerzas napoleónicas, querían aquella noche despedirse con gritos alegres y risas estruendosas de su vida tranquila, desafiando con sus voces llenas de confianza, con esa serenidad tranquila de

la juventud ante el peligro, a la muerte que los esperaba en el campo de batalla sin descubrir el misterio de sus zarpazos ni avisar a sus elegidos.

La Bodega del Avellano estaba situada cerca del río y era su cerveza conocida por su color de oro, por su espuma blanca como de



«...y para celebrarlo combinó una fiesta en que la música de un violín pondría sus aires alegres...»

nieve y por su frescura que alegraba el paladar.

Medardus había anunciado a sus compañeros el próximo matrimonio de su hermana y para celebrarlo combinó una fiesta en que la música de un violín pondría sus notas alegres y las mozas de la taberna la jácara de sus carcajadas al sentir en la cintura la opresión maliciosa de los soldados que las enlazaban para el baile.

Reinaba la noche de sombras espesas sobre la ciudad. Viena dormía. De las altas torres de sus campanarios caían de cuando en cuando las voces de los brancos, voces metálicas que anunciaban la marcha del tiempo.

Por el campo solitario, sin luces y sin rumores, marchaban Francisco y Agata.

¿A dónde iban?

Ellos mismos no sabrían decirlo.

Caminaban en silencio, porque las palabras no podían expresar la tristeza lacimante que los desgarraba.

Llenos de amor, heraban sobre sus ilusiones que el orgullo del Duque de Valois condenara a muerte. Y la vida se les antojaba un calvario sin fin, una penosa subida a un gólgota inaccesible, si tenían que renunciar a su cariño.

—¿Para qué vivir?—preguntó Francisco.

La vida es triste—contestó Agata.

Y su voz fue más triste aun y toda la noche se llenó de esta tristeza.

Se habían detenida, como si sus pasos no supieran ya en qué dirección orientarse.

—Si no podemos amarnos, para qué queremos la vida?—se preguntaron.

Llegó a ellos el murmullo de las aguas del río. Parecía llamarlos y decirles:

—Vosotros los que sufrís, buscad en mi seno el reposo.

Y Francisco y Agata aguzaban sus oídos para escuchar la voz del Danubio, mientras sus voces se ahogan sonando en el espacio vacío de los campos yertos.

¿Para qué vivir? ¿Para qué?

Caminaron en dirección al río. No volvió a oírse su voz. Con las manos unidas corrían hacia la muerte. Las sombras los ocultó. Y en el silencio oyóse de pronto el chapoteo de sus cuerpos cayendo abrazados al agua.

—¿Para qué vivir? ¿Para qué?

La respuesta a esta pregunta parecían darla en aquellos instantes los jóvenes reunidos en la Bodega del Avellano, con los estallidos de sus risas y con sus canciones. Allí triunfaba la vida que no sabe de preocupaciones ni de angustias. Allí triunfaba el deseo de apurar los gozos de la existencia entre los compases de una danza y un jarro de cerveza.

De las cuerdas de su violín, un viejo músico arrancaba los sonos de un vals vienés.

Medardus levantó en alto su vaso.

—Amigos míos—dijo.

Cesó la música y la danza. Los camaradas de Clark rodearon a su compañero.

Amigos míos, esta noche se celebrarán los esponsales de mi hermana... ¡Bebamos a la salud de los futuros esposos!

Una racha de viento golpeó la puerta de la bodega. Bebieron los jóvenes brindando por Agata y por Francisco, y sus palabras de juventud hicieron votos por la dicha de los amantes.

Fuera gruñó un perro lastimeramente, como un presagio siniestro. Nadie lo oyó. Volvía el músico a rascar las cuerdas de su instrumento y el llanto del perro fue absorbido por la risa de la música.

El grito de un hombre rasgó la noche. Había visto flotar sobre las aguas del Danubio los cadáveres de los enamorados. Otros hombres corrieron en su ayuda y juntos extrajeron los cuerpos sin vida de Agata y Francisco.

Y el río prosiguió su curso murmurando sus palabras eternas, que parecían entonces como un gemido solemne que se ahogaba en las lágrimas de las aguas.

Condujeron los cadáveres a un cobertizo próximo, donde los dejaron mientras iban a notificar el suceso.

Uno de los hombres se dirigió a la Bodega del Avellano y habló con el dueño.

—Parecen por sus ropas personas distinguidas—dijo el hombre.

—Pero tú no los conoces?—le preguntó el dueño.

No sé quienes pueden ser...

En la sala de la taberna proseguía la fiesta. Medardus no cesaba de brindar por los esponsales de su hermana.

—Sin duda—añadió el hombre—se trata de unos suicidas por contrariedades amorosas.

—En qué te fundas para decir eso?

—Pues en que cuando los sacamos del Darnbio aun se hallaban fuertemente abrazados.

El violinista seguía haciendo sonar su instrumento, sin que nadie advirtiese los sollozos de la música, que tenía ecos mortuorios.

De pronto irrumpió en la bodega una mujer despeluznada, que gritó:

—¡Pronto, acudid!... ¡Una desgracia horrible!

Medardus, como movido por un resorte, se levantó de su asiento.

Ya no se oía la música agoniosa del violín. Ecos de campanas fúnebres traía el viento.

Corrieron todos hacia la puerta. Y las voces les gularon hacia el cobertizo.

Los ahogados desaparecían ocultándose bajo una lona que echaran piadosamente sobre ellos.

Medardus y sus amigos se detuvieron ante el espectáculo de la muerte, que respiraba sobre sus rostros.

Medardus alzó la lona que cubría los cadáveres, y un largo lamento salió de sus labios.

—Ella!... ¡Agata!—exclamó.

Describió sus ojos mirando a la pobre víctima de un desgraciado amor. Por unos instantes desbordóse su pena en blancos sollozos. Luego, reponiéndose, dijo a sus camaradas:

—Amigos míos, hace unos momentos brin-

damos por los esponsales de mi hermana; ¿os acordáis?

Calló un segundo, contentiendo la congoja que le ascendía del pecho a la garganta cerrando el paso a las palabras, y añadió:

—Miradla, ella es, Agata Clark... Y el que está a su lado, muerto también, es el hijo del Duque de Valois, Francisco, su prometido.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para proseguir.

—El orgullo de esa raza maldita ha sido la causa de que los esponsales de Agata se hayan celebrado en la Eternidad...

Medardus no pudo contener más tiempo el llanto que fluía a sus ojos y que le quemaba dentro del pecho. Lloró inmensamente. Y su aspecto de hombre vigoroso, al que no arredra el dolor, daba a las lágrimas un profundo sentido trágico.

Sus amigos quisieron consolarlo y él los rechazó. Quería sufrir todo su dolor, solo frente a la muerte, sin que nadie intentase amenguarlo con vanas decires.

Se puso de rodillas cerca del cadáver y cogió blandamente la cabeza de su hermana, de rostro cubierto de azul palidez, los ojos ocultos detrás de los párpados amoratados y la boca fruncida semejando con sus labios la forma de un último beso que ella diera a su prometido.

—¡Agata, hermana mía!... El desprecio de los poderosos te ha arrojado al reino de las sombras, del que no se vuelve, cuando tu creías alcanzar el país de la felicidad, en el que siempre luce el sol.

Volvió a dejar la cabeza fría, de expresión siniestra, muda y elocuente, que horas antes había alentado llena de gracia con una risueña esperanza.

Medardus se puso en pie. Se habían secado

sus lágrimas. Una mueca torva se dibujaba en su rostro. Parecía la imagen terrible de una justicia sangrienta.

—¡Yo te prometo, hermana mía!

Alzó el brazo diestro y con voz rotunda dijo:

—¡Juro vengar la muerte!

Toda la noche anduvo el dolor peregrinando, vendiendo de casa en casa y llamando en las puertas de la vivienda de Francisca Clark y del palacio del Duque.

Toda la noche volaron las dos familias sorprendidas por el suicidio de los amantes, buscando en los lamentos paz para sus corazones atormentados.

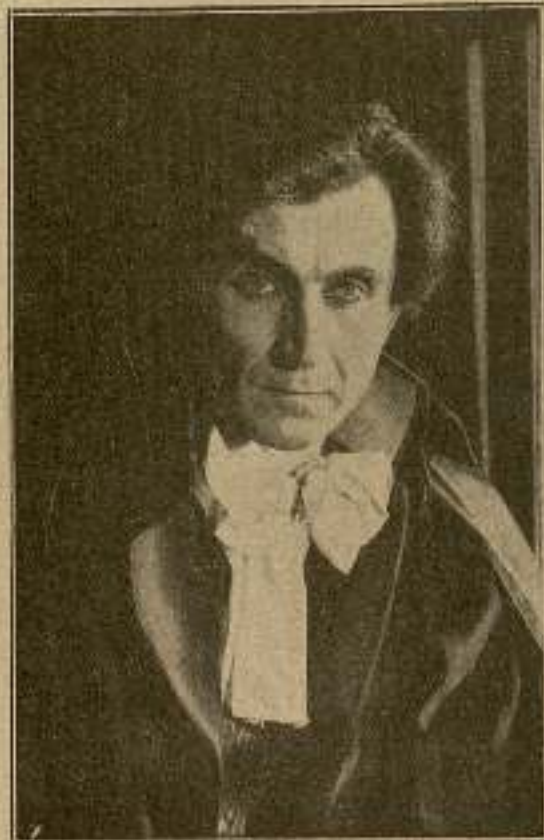
Y todas las horas de esta larga noche se colmaron con la amargura de una madre anciana y de un padre que condenó a su hijo al decirle que lo prefería muerto antes que casado con una mujer de humilde condición.

Con la mañana del nuevo día la luz dio nuevo color a las escenas de angustia que se desarrollaban en la humilde vivienda y en el altivo palacio.

El Marqués de Valois, sobrino del Duque, llegó aquella mañana a Viena con un importante mensaje de los legitimistas. Dentro del palacio le sorprendió la noticia de la muerte de su primo.

Era el Marqués un hombre joven aun, que ostentaba en su continente el orgullo de toda su raza. Su rostro de facciones duras expresaba una energía inquebrantable y sus ojos la decisión del que nada teme y vive en continua lucha con el peligro.

Había llegado a Viena sorteando las difícil-



Era el Marqués un hombre joven aun que ostentaba en su continente el orgullo de toda su raza.

ludes que se oponían a su paso de conocido conspirador. Nada le detuvo. Pero ahora deteniéndole la sombra espectral de los funerales por el alma de Francisco de Valois, muerto por un ansia imposible de amor.

En la noche de aquel día, la Princesa Elena fué a orar ante la tumba de su hermano, en la que reposaba también Agata. Un tardío remordimiento habíala impulsado a ofrecer la reparación de sus oraciones a los amantes, a cuyo triste destino había contribuido en buena parte su orgullo, que excitó el orgullo del Duque para que se opusiera a los proyectos matrimoniales de Francisco.

Avanzó cautelosamente por las sendas del cementerio. Sus pisadas despertaron la tierra, que protestó clamorosamente.

Los muertos reposaban. El cementerio, un huerto sembrado de cadáveres, parecía embalsamado. El suelo blanqueaba bajo las tumbas, que se extendían por todas partes, poniendo sus manchas claras sobre la tierra sombría. Entre las lasas erguíanse distanciadamente algunos monumentos: eran panteones de sinistra catadura, coronados por figuras de rasgos horrosos, representando las figuras teológicas. Aquellas construcciones de piedra proyectaban su traza temerosa en la noche, y los rayos de la luna, al cubrirlos de luz, les daban un aspecto fantasmal, haciéndolos fosforescentes.

Elena llegó a pasos lentos hasta el nicho que guardaba a los amantes y se arrodilló.

—Perdóname, hermano mío. Yo sé que tengo culpa—dijo.

Dejó caer sobre la tumba un ramo de flores.

—Para ti también, infeliz Agata.

Elena sintió en torno la ausencia de vida y estremeciéndose largamente, sobrecojida por un miedo súbito. Miraba como a su alrededor se

alzaban las cruces puestas a las cabeceras de los muertos y parecían que aquellas cruces eran como miembros vindicadores que los cadáveres sacasen de su cárcel.

Ya se levantaba dispuesta a marcharse, cuando surgió ante ella un hombre.

Era Medardus.

—¡Princesa, retira esas flores!—exigió el imperioso.

Elena miró con curiosidad al joven que se erguía ante ella.

—Aquí reposa un alma noble, más noble que la vuestra, y sencilla además, tan sencilla que vos no sabrías comprenderla... y ella no puede aceptar este presente—dijo Medardus.

—¿Y quién sois vos que así os atrevéis a hablarle?—preguntó Elena.

—El hermano de la muerta, ¡el hermano de Agata!, la pobre doncella a la que vos y vuestro padre arrebatasteis la vida.

Pues aunque sois su hermano, yo no tengo por qué obedecer vuestras indicaciones.

—¡Princesa!

La cólera recalentó su voz.

—Si no retiráis esas flores, las pisotearé en vuestra presencia.

Elena tuvo miedo. La noche, el lugar, la soledad... todo influía sobre ella para inquietarla. Y, obediendo la orden, se inclinó y recogió las flores que se deshojaron en sus manos. Sólo quedó con vida una rosa roja.

Medardus la señaló y dijo:

El sino de esa rosa será el de marchitarse en las manos manchadas por el crimen de una Valois.

Fue terrible la afrenta. Pero alguien más que Elena la había oído.

El Marqués de Valois llegaba entonces en busca de su prima y sintió el latigazo de aquellas palabras.

Soy el Marqués de Valois, primo de Elena, la joven a quien acabáis de insultar—dijo presentándose.

—Pues yo soy Medardus Clark, el hermano de la joven a quien el orgullo del Duque y de su hija precipitó en la muerte.

—Os exijo—añadió el Marqués que re-



—Dentro de dos horas—repitió Medardus— allí estaré.

paréis con la espada el ultraje que acabáis de inferir a mi apellido.

—Estoy a vuestra disposición.

—Dentro de dos horas, en las afueras de la ciudad, junto a la casa de postas, os espero.

—Dentro de dos horas—repitió Medardus— allí estaré.

La augusta mansión de los muertos volvió a quedar en silencio. Las pasiones de los hom-

hres acababan de profanarla; pero ya se habían ido y otra vez la paz de los sepuleros extendíase como un sudario sobre los que ya no sufrían.

La pérdida de su hijo, sucesor de sus guiméricas pretensiones reales, había sumido al Duque en profundo abatimiento. Las fuerzas que hasta entonces le sostuvieran habían sido arrebatadas por el triste fin de Francisco, y el viejo Valois temía que sus esperanzas desapareciesen con él.

Elena acudió al lado de su padre, no bien regresó del cementerio.

El Duque la esperaba. Quería hablarle.

Hija mía, tú eres la única esperanza de la rama directa de los Valois — comenzó diciéndole.

La Princesa miró a su padre, adivinando lo que iba a pedirle.

Para no perder nuestros derechos a la corona de Francia, a cuyo anhelo he dedicado toda mi vida, debes casarte con tu primo el Marqués.

Elena reprimió con violencia un grito que quería salir de su garganta, recordando que en aquellos momentos el sobrino del Duque se batía con el hermano de Agata.

—Padre mío, serás obedecido — dijo.

¡Princesa de Valois! — exclamó el Duque. — Desde ahora te convierto en la depositaria de nuestros derechos.

—Sean los que fueren los obstáculos que deba vencer, juro sostener mis pretensiones al trono — afirmó Elena con entereza.

A la misma hora, en las afueras de la ciudad, cerca de la casa de pastas, encontrábase frente a frente el Marqués y Medardus, animado el primero del deseo de castigar la ofensa inferida a su apellido y el segundo del afán de venganza, rescatando con la sangre de un Valois la muerte de su hermana.

Habia cerrado la noche cuando los contendientes cruzaron sus espadas, que buscaban el corazón.

Más impetuoso, Medardus descubriase en el



— ¡Princesa de Valois! — exclamó el Duque. — Desde ahora te convierto en la depositaria de nuestros derechos.

ataque, acometiendo siempre; mientras que el Marqués, más sereno, manteníase a la defensiva esperando el instante oportuno de arrojarle sobre su contrario.

Bajo el azul del cielo destellaban los aceros, chocaban con un ruido argentino y sus puntas buidas agujereaban el aire.

Un instante, el pecho de Medardus no tuvo defensa, y el Marqués, rápido, tiróse a fondo, atravesando a su enemigo.

Elena no pudo dormirse en toda la noche. La inquietud por la suerte de su primo le mantuvo despierta, en una vigilia atormentada por el temor.

Levantóse temprano y salió a los jardines del palacio. No podía sustraerse a la duda que se producía el destino del Marqués, recelosa, angustiada, cogida en las redes de sus propios deseos, ahora dirigidos a ser reina algún día y que no podrían realizarse si su primo hallaba la muerte en el duelo.

Algunas veces cruzaba por su pensamiento la sombra de Medardus.

—¿Qué hombre era aquél?

Había visto lucir el odio en sus ojos. Sufría la ofensa de sus palabras y deseó la muerte para él...

—¡Princesa!

Elena se volvió. Tenía delante de sí a los compañeros que trajo el Marqués de París.

—¿No sabéis nada de mi primo?

—Pronto lo veréis a él, que vendrá a deciros el resultado del lance.

—Mucho confiáis en su valor y destreza... Yo, aunque tarde, reconozco que no debí poner en peligro su vida...

—¿Por qué?

—Porque es el último de los Valois.

Los amigos del Marqués, descendientes de

las más nobles familias de Francia, eran hombres avezados al riesgo, aventureros de la intriga, sobre cuyas cabezas estaba siempre pendiente la cuchilla de la guillotina.

En los días del Terror ellos no vacilaron en vivir ocultos en París, yendo de la capital al Norte, haciendo viajes a Inglaterra, conspirando y levantando en armas a los paisanos. Su fervor realista y su odio a los descamisados no se debilitó ante el peligro. Ahora, sin embargo, al oír a Elena, se estremecieron inquietos por la vida de quien, desde el suicidio del hijo del Duque, reunía en sí los atributos de la realeza, siendo la esperanza de los legitimistas.

—Si el duelo fué ayer noche, él debía ya estar aquí—dijo Elena.

—Princesa, no os atormentéis; el Marqués salió siempre victorioso de todos sus desafíos.

Y como si aquellas palabras fuesen un cenjuro, por una de las avenidas del parque apareció el Marqués.

—¿Y vuestra contrincante?—le preguntó Elena.

—Tal vez no exista a estas horas... La estocada de vuestro primo va siempre recta al corazón...

El Marqués dijo esto con arrogancia, seguro de sí mismo, como hombre a quien la fortuna no suele negar nunca sus favores; y ella, oyéndolo, se turbó no supo si de alegría o de miedo. El era su prometido, el destinado por su padre a llevarla desde su condición de desterrada a las gradas que sólo pisa la Majestad, realizando las ambiciones de su familia, que eran también las suyas.

—Os agradezco, primo mío, que hayáis limpiado con la sangre del ofensor la mancha que sus palabras arrojaron sobre nuestro apellido—dijo.



La camarera de la Princesa Elena era una preciosa muchacha, Laura de nombre, rubia y gentil...

Y entré en el palacio, seguida del Marqués y de sus partidarios.

La camarera de la Princesa Elena era una preciosa muchacha, Laura de nombre, rubia y gentil como un amanecer de buen sol. Profesaba a su ama una devoción y una lealtad nunca mentidas. Tenía a orgullo servir y conocer los secretos de su orgullosa señora, sintiendo por ella una admiración presta a todos los sacrificios. Laura era la que mejor conocía los proyectos de su ama, sus immoderadas ambiciones y su carácter voluntarioso, que no se doblegaba por nada al ante nadie.

Cuando Elena supo el resultado del duelo fue a sus habitaciones y de un búcaro de cristal cogió la rosa roja que la noche anterior quiso depositar sobre la tumba de su hermano y de Agata. Acarició sus hojas y aspiró su perfume. Una idea de venganza había nacido en su pensamiento...

Evocó la escena del cementerio. De nuevo pasaron por sus ojos las visiones siniestras de las levas sepulcrales, entre las que de pronto viera erguirse la figura altiva de Medardus.

«El sino de esa rosa será el de marchitarse en las manos manchadas por el crimen de una Valois» —le había dicho él.

Meditó estas palabras. Una sonrisa hiriente movió sus labios.

—El sino de esta rosa —glosó ella— será el de marchitarse sobre la herida abierta por la espada de un Valois.

Salía de sus habitaciones y llamó a Laura.

—¿Ves esta rosa? —le preguntó.

—Sí, Alteza.

—Ayer, cuando fui al cementerio, un hombre tuvo la osadía de injuriarme. Ese hombre se llama Medardus.

—Lo sabía, Princesa.

Pues bien, corre a su casa y si ha fallecido coloca esta rosa sobre su almohada...

—Y si le encuentras aún con vida?

—Procede de igual manera.

—Si él me preguntase quien le envía la flor, ¿qué debo contestar?

—Le dirás que la Princesa Elena no se olvida nunca de sus enemigos.

Medardus había sido conducido a su casa la noche anterior en brazos de los que le sirvieron de testigos en el duelo. La pobre Francisca Clark tuvo que unir este nuevo dolor al que ya sufría por la muerte de Agata. Al verlo llegar, los ojos cerrados, el rostro sin color, la boca yerla y el pecho abierto como una fuente que manaba sangre, creyó que perdía también a su hijo y la locura la venció. Toda encogida, sin lágrimas ya, se puso a gemir como un niño, muy tristemente, presintiendo su espantoso destino de madre sin hijos, de madre huérfana.

Lo llamó con voces de suprema angustia.

—Medardus, soy yo, tu madreita que no quiere que te mueras...

El no la oía, dormido en el sueño de su desmayo.

—Contéstame, hijo... ¡Na le vayas! ¿No te da pena dejar a tu madreita sola?

Y él entonces abrió sus ojos, fijándolos en la anciana.

Su herida, aunque grave, no era mortal. La estocada de los Valois había cambiado su rumbo al tropezar con el pecho del bravo vienés.

Tendido en su lecho, el joven dormía sin que nadie turbase su reposo.

La puerta de la habitación se abrió con sigilo.

Laura miró si había alguien dentro, y avanzó suavemente hasta el herido.

De sus manos cayó la rosa, rodó por la al-



Toda encogida, sin lágrimas ya, se puso a gemir como un niño, muy tristemente,...

mojada y acarició la mejilla de Medardus, que se despertó.

—¿Que venís a hacer aquí?

Ella le señaló la rosa, que despertó en él los recuerdos de la noche última. Pero no comprendía el sentido de aquel mensaje. ¿Era un reto o una promesa?

—¿Sois la camarera de la hija del Duque?...

—Ella es la que me ordenó que viniese a dejar esta flor sobre vuestra almohada.

Medardus miraba la rosa, queriendo arrancarle el secreto que la Princesa había encerrado en sus hojas.

Al moverse, la herida le dolía y tenía que hacer extraordinarios esfuerzos para abogar una queja.

—Decidle a vuestra señorita que esta misma noche iré a darle las gracias por su obsequio—aseguró el herido.

Laura se marchó empujada por el asombro que le produjo oír a un hombre que estaba en trance de muerte, prometer que abandonaría su lecho para acudir al palacio del Duque.

Etzel, el dependiente de la librería, entró en la habitación de Medardus.

—¿Cómo estás?—le preguntó.

Sus ojos fueron abiertos por la sorpresa al ver la flor que él tenía en sus manos.

—Acabo de recibir una visita—dijo Medardus.

—No comprendo...

—Ella, Elena de Valois, me ha enviado esta rosa... que ayer le obligué a que recogiese de la tumba de mi hermana, donde quería dejarla.

Se levantó, apoyándose en un brazo y llevóse la mano al pecho, mordido por el dolor.

—Sabes tú por ventura lo que esto significa?—preguntó mostrando a Etzel la flor.

Etzel movió la cabeza denegando, aturdido por el suceso.

—Esta noche iré a verla—añadió.

—¿Te has vuelto loco?

—Le he prometido a su camarera y no saltaré a la cita. Quiero darle las gracias.

—¿Y Ana, tu novia?

La pregunta de Etzel llevaba en sí una censura.

Medardus replicó:

—No creas que he olvidado el juramento de vengar a mi hermana.

Y los dedos del herido se hundieron en el corazón de la rosa.

Al llegar la noche, Medardus, dispuesto a dar una gallarda muestra de su valor, se levantó, venciendo su debilidad, como si no sintiese el fuego de su herida de labios abiertos y desollados. Su energía y su voluntad eran los manantiales inagotables en los que hallaba fuerzas para sobreponerse al dolor físico que le acibillaba el pecho con agudos pinchazos.

Había prometido acudir a dar las gracias a la Princesa y no vacilaba en arrostrar las amenazas de la muerte cumpliendo su promesa.

Tuvo que arrastrar su cuerpo, apoyándose en las paredes, hasta llegar a la calle. Sostenido por su entereza caminó a pasos lentos.

Las tinieblas nocturnas se enschoreaban de la ciudad. Como faros de los caminantes extraviados, lucían algunos mecheros, que reverberaban dando una claridad espectral, empotrados en las esquinas de algunos edificios.

Unos cuantos soldados se cruzaron con Medardus.

—He ahí el primer austriaco herido por las armas francesas—dijo uno de ellos.

—¿Dónde fue herido?—preguntó otro.

—Cerca de la casa de postas, en duelo con el Marqués de Valois.

Medardus los oyó y nada repuso. El deseo

de venganza y la herida recibida habían hecho que se retrasara en incorporarse a las filas del ejército.

Prosiguió su marcha penosa camino del palacio del Duque. Laura acababa de llegar, después de cumplir el encargo de Elena, que la esperaba impaciente.

—¿Vive?—le preguntó la Princesa.

—Dormía cuando llegué y desperté al dejar vuestra rosa en su almohada.

Estaban en el parque, cerca de un estanque y lejos del palacio. Detrás de ellas extendíanse las frondas rumorosas. Delante alzabase el muro que defendía el jardín, aislándolo. Podían pues hablar con tranquilidad.

—¿Hablaste con él?

—Me ha dicho que esta noche vendrá a veros.

Elena miró temerosa a su alrededor.

—No creo que se atreva—dijo.

—Pues yo estoy segura de que vendrá—afirmó Laura.

La Princesa sintió el choque de ideas contrarias en su alma. Conocía el odio que le profesaba aquel hombre y, sin embargo, no podía librarse de admirar el tesón de su voluntad y el temple de su energía.

—¿Qué piensas tú de esto, Laura?

—No sé... Ese hombre es capaz de todo.

El parque tenía una puerta en el muro por el lado en que ellas se encontraban. Seguramente, él entraría por allí.

—¿Y si cerrásemos la puerta?

—Sería lo mejor.

—Pues anda, date prisa. Temo y deseo a la vez ver a ese hombre.

La camarera se apresuró a cumplir el mandato de la Princesa, a la que entregó la llave, que ella arrojó al estanque.

—Ahora—dijo—que entre si puede.

Instantes después llegaba Medardus. Al ver la puerta cerrada, calculó la altura del muro. Un obstáculo como este no podía detenerle en su empresa.

—Dije que acudiría a darle las gracias y no faltaré—pensó.

Se agarró con todas las fuerzas a los salientes del muro. El esfuerzo desgarró los bordes de su herida, que empezó a sangrar, ahogándole el pecho. Un dolor violento lastimó sus nervios. Era un sufrimiento inaudito, como si unas uñas de hierro le estuviesen arrancando la carne a pedazos. Sofocó sus gemidos, y con las manos y los pies subió a lo alto del muro.

Elena lanzó una exclamación. Veía a Medardus, que vacilaba, como si se hubiesen agotado sus energías.

El joven Clark había hecho su último esfuerzo. Le temblaban las piernas. Un sudor de muerte bañaba su rostro. Quiso intentar el descenso al jardín y no pudo. Se nublaron sus ojos, sintió la atracción del vacío y cayó al parque sin conocimiento.

En aquel momento sonaron pasos que venían del Palacio. Eran dos criados que acudían atraídos por el ruido.

La Princesa ocultó con su cuerpo a Medardus y les ordenó que se retirasen.

—Perdón, Alteza; pero nos pareció haber visto entrar a un desconocido.

—Pues habéis visto mal... No ha entrado nadie. Podéis marcharos a dormir tranquilamente.

Cuando los servidores se retiraron, Elena se apresuró a decir a Laura:

—Escóndele, que nadie sepa que está aquí.

—¿Dónde lo llevo?

—A mis habitaciones, pero procura que nadie te vea.

Laura era todo sumisión para su ama. Alzó al herido cogiéndolo por debajo de los brazos, que se pasó alrededor de su cuello y, sosteniéndolo por la cintura, deslízase por las sendas arenosas, cuidando de no producir ruidos aplastando la arena del jardín.

—Avísame en cuanto lo dejes en sitio seguro—le dijo Elena.—Tal vez un día necesite de su valor. Para mi causa sería un valioso aliado.

Medardus comenzó a volver en sí. Entre las nieblas de su desvanecimiento comprendió algo de lo que sucedía y, en medio de su inconsciencia, hizo acopio de energías para ayudar a Laura, que se derrumbaba bajo su peso.

Brilló la luna en el cielo, clara y redonda. Por entre los árboles del jardín, Elena vio venir a su primo.

Pronto, Laura, que viene el Marqués, y si le halla aquí lo mata.

Desde muy joven el Marqués de Valois estaba enamorado de la Princesa. Ella nunca quiso oírle. Ahora, al fin, el Duque dispensa su matrimonio, a lo que accedía Elena, puesto que su enlace significaba la posibilidad halagüeña de ceñir a sus sienes la corona de Francia. Y este deseo, tantas veces acariciado por él, salía al encuentro cuando ya dudaba de verlo satisfecho.

Pué el propio Duque, el viejo Pretendiente, quien le dió la noticia.

—Se que amáis a mi hija, mi heredera muerta Francisco... Yo os la doy, Marqués. Mi vida se apaga y quiero, antes de morir, asegurar la sucesión de mis derechos.

Al acercarse su primo, Elena, maestra en el arte del disimulo, no dejó traslucir la emoción que la dominaba. Una grave severidad componía su rostro, y su cuerpo manteníase erguido, con su elegancia magnífica.

—¡Hoy es el día más feliz de mi vida!— exclamó él inclinándose ante ella.

—¿Hablasteis con mi padre?

—El Duque acaba de autorizarme para declararos mi amor. No sé cómo agradeceros el que hayáis accedido a ser mi esposa.

Elena no se inmutó. Su pensamiento estaba



—Primero—repuso Elena—debeis preparar el levantamiento de todos los realistas franceses,

entonces cerca de Medardus, oculto en sus habitaciones, mientras sus ojos vagaban como ciegos sin fijarse en su primo. Tenía prisa porque él la dejase, pero no lo demostraba, sosteniendo su actitud altiva y digna.

El Marqués le hablaba diciéndole todo lo que había sufrido al tener que acallar sus sentimientos ante la frialdad de ella, que le

oía inadvertidamente. Quiso cogerle una de sus manos y Elena la retiró.

—No tardaremos mucho le dijo él—en sentarnos en el trono que ultrajó la Revolución y al que nosotros hemos de devolver su pasado esplendor y grandeza.

Acepto vuestro ofrecimiento en bien de la causa que defendemos, pero nuestra boda no podrá celebrarse hasta vuestro regreso de Francia.

—¿Para qué me hacéis esperar tanta?

—Es necesario que así sea.

—Nuestra unión daría nuevos bríos a nuestros partidarios.

Primero—repuso Elena—debeis preparar el levantamiento de todos los realistas franceses.

El se inclinó ante la voluntad de su prima. Hubiera querido que se le mostrase más amable, más condescendiente a sus deseos; pero ya que esto no era posible, aceptaba los escasos dones de sus palabras dispuesto a rendirla con su adhesión.

—En cuanto llegue a París—dijo—prepararé activar el golpe que ha de conducirnos al Trono...

Una expresión de gozo brilló en los ojos de Elena.

Y a mi regreso—añadió el Marqués,—al ofreceroslo, os suplicaré que premiéis mis esfuerzos con vuestro amor.

Estad seguro que ese día tendréis el premio a que aspiráis.

—Con esa esperanza me voy.

Ella le tendió su mano, que él besó, despidiéndose.

Se quedó sola. Un gesto de triunfo enorgullecía su rostro.

Ahora—se dijo—vamos a conquistar a mi enemigo.

Medardus acababa de recobrar el conocimiento, que había perdido al caer del muro al jardín. Miró en torno lleno de sorpresa, y poco a poco la memoria fue devolviéndole el recuerdo de lo que había sucedido.

La extraña conducta de la Princesa hizo germinar en su alma un sueño de ilusiones inasibles. Conservaba la impresión de la belleza que le produjo Elena en el cementerio. Aun en medio de su odio, aquella noche había sentido la debilidad de codiciar a la mujer que tanto daño le hiciera.

—¿Me amará acaso?—se preguntó.

Y esta idea borró de su pensamiento la imagen de Ana Berger, la dulce doncella que había puesto en él todas las esperanzas y todos los deseos de su corazón novicio. Había olvidado que su hermana murió por amar al hijo del Duque. ¿Moriría él también por cometer la misma falta?

Sordo a las protestas de su conciencia, el joven ya no hacía recuerdo del juramento hecho a Agata. Pluma al viento era la promesa de su venganza.

Se levantó, oyendo pasos que se acercaban. Era Elena, que se detuvo antes de entrar, diciendo a su camarera:

—Busca la llave que tiré al lago y espera a Medardus para acompañarle hasta la salida del parque.

Entró Medardus al verla adelantándose a recibirle.

Frente a su enemigo, cuyo odio hacia ella conocía, Elena sólo tenía el arma poderosa de la seducción, y no vaciló en utilizarla.

El la miraba indeciso, titubeando entre obedecer a la ley de sus deseos y el temor a ser rechazado.

Ella había exaltado su belleza, de la que hacía audaz ostentación, sonriendo, mostrando su

garganta desnuda y blanca y quemando con sus ojos la voluntad vacilante de Medardus.

—Por culpa mía estuvisteis a punto de morir—le dijo sentándose a su lado.

—Debo dar gracias a ese lance que me permite ahora oír y estar en vuestra presencia.

El hijo de Francisca Clark sentíase subyugado por aquella mujer, que lo dominaba con un solo gesto. Aspiraba el perfume de su piel de ámbar, veía sus brazos mórvidos y deleitábase en una contemplación morosa observando su cuerpo de virgen fuerte y espléndida.

Estaba ante ella en una actitud de adorador humilde, sirvo de la belleza y esclavo de los deseos.

—¿Qué quisisteis decirme al enviarme una rosa?—preguntó.

—No lo sabéis? Cuando habeis venido es señal de que comprendisteis el sentido de mi mensaje.

—¿Entonces?...!

—Entonces... ¿no tenéis nada que decirme?

Se le inclinaba mirándolo con ojos húmedos, los labios entreabiertos como para el beso.

—Pero es que me amáis?

Se apoderó de una de sus manos, que ella le abandonó.

—Llegué a temer que no quisiérais besar estas manos manchadas por el crimen—dijo ella.

—¿Por qué me hacéis sufrir?—preguntó él.

—Es que dudo que mi presencia haya borrado tan pronto vuestro rencor.

El no dió otra respuesta que la de sus besos, guardeciéndose, haciendo protestas de cariño.

Y Elena sonrió por su victoria sobre aquel hombre, tan fácilmente conseguida.

La madre de Medardus notó la ausencia de su hijo en las primeras horas de la noche. Ella y Ana entraron en su habitación para preguntarle cómo se encontraba de su herida y las dos fueron sobrecogidas por el mismo espanto al ver el lecho vacío.

Llamaron. Dieron voces recorriendo la casa y sólo el eco les respondió. En brazos la una de la otra lloraron sin poder explicarse la causa que pudo arrancar a Medardus de su lecho de enfermo.

—¿Y Etzel? ¿Dónde está Etzel?—preguntó la madre.

—También ha salido... Esperémoslo; acaso él pueda decirnos la verdad.

En efecto, Etzel sabía donde se hallaba Medardus, y acordándose de la vieja Clark, volvió a la casa.

La madre y la novia se atropellaron con sus preguntas.

—¿Sabes algo? Dinos qué es de él.

—Tranquilizaos... No le ocurre nada.

Pero ¿por qué ha salido? ¿Dónde se encuentra?

—Yo lo sé y he de traerlo.

—Cuéntanos, Etzel—rogó Francisca.

—No nos ocultes la verdad—pidió Ana.

El dependiente no se atrevía a descubrir el

paradero de su amo. Miraba a la pobre madre y a la novia llena de congoja, y sus labios no se decidían a revelar los secretos motivos que el herido había tenido para salir. No quería callar tampoco engañando a las dos mujeres con su silencio.

—Etzel ¿por qué callas?—preguntó la madre.

—Queremos saberlo todo—aseguró Ana.

—Es muy triste lo que tengo que deciros.

—No importa; habla.

Las dos, cerca de él, esperaban con el mismo dolor la revelación del confidente de Medardus; y las dos se abrazaban, como buscando defensa contra un peligro obscuro.

—Fue esta tarde—comenzó diciéndole Etzel cuando vino a verla una camarera de Elena de Valois...

Ana miró a la vieja Clark, diciéndole a través de sus lágrimas:

—¿La veis, madre mía?... Ella, es ella la que tiene la culpa.

—Traía para él—añadió Etzel—una rosa de su ama, la misma rosa que él le obligó ayer noche a recoger de la tumba de Agata y que fue la causa de su duelo con el Marqués.

La triste madre acarició a Ana, que lloraba sobre su seno.

—Sigue—dijo. No nos ocultes nada.

Medardus, sin comprender lo que la Princesa quería significarle enviándole aquella flor, ofreció que acudiría al palacio del Duque a darle las gracias...

Y por eso ha salido—sollozó Ana.

A estas horas debe encontrarse a su lado—añadió Etzel.

Las dos mujeres se estrecharon más aún, buscando en ellas mismas apoyo y valor para resistir aquel golpe.

Etzel salió, y la madre y la novia quedaron solas. Durante mucho tiempo no hicieron más

que llorar, buscando en las lágrimas consuelo a su angustia.

—Ana a esa aventurera ambiciosa—dijo Francisca Clark.

—Es verdad... Y ya, sin embargo, lo quiero aún—gimió la novia.

—Mi pobre Ana, nosotras ya nada significamos para él.

La joven se rebeló contra aquella amenaza del destino.

—No, ya veréis como vuelve, y entonces.

Su voz se ahogó en un gemido.

Y siguieron abandonándose a su dolor, solas en la noche y en la soledad de la casa que vestía de luto por una hija muerta—Agata y por un hijo que se perdía en el abismo de una terrible pasión.

—Qué pena tan grande siento!—exclamó Ana.

Y su mano señaló su corazón de niña, que la suerte adversa condenaba al sufrimiento.

—No llores, hija mía... Antes dijiste que él volvería a nuestro lado. ¡No llores!

—El volverá... Mi cariño se arrastrará hasta el para pedirle que vuelva. Si no volviese...

—Vendrá, Ana, vendrá—afirmó la madre.

Pasó el tiempo cerca de ellas sin que su dolor disminuyera, sorprendiéndolas siempre en la misma actitud de víctimas humildes.

Pero ellas esperaban a Medardus. Estaban seguras de que volvería. Y Ana temía su regreso; temía que al volver no la reconociese, abstraído en su nuevo amor, y su alma infantil se sumía en las tinieblas de la desesperación alterada por la idea de que él hubiese dejado de amarla.

Sus presentimientos, por desgracia, eran demasiado ciertos. La realidad pronto los confirmaría.

Cuando Medardus salió del palacio del Duque



—Mi pobre Ana, nosotras ya nada significamos para él.

ya no era el mismo que horas antes había asegurado a Etzel que no olvidaba su venganza. Los brazos de Elena tuvieron eficacia para cambiar su odio en cariño, y embriagado en su nueva felicidad, el prometido de Ana hacía augurios para un futuro magnificado por su pasión cerca de la Princesa.

El dependiente de la librería, que lo esperaba, lo llamó.

—Vámonos a tu casa, Medardus... Tu madre y Ana te esperan.

—Ven aquí, Etzel... Tengo que decirte que he renunciado a vengarme... Sé que Elena me ama...

—¡Pobre Ana! exclamó Etzel.—Temo, Medardus, que esa mujer sin corazón te haya tendido un lazo para atraerte quien sabe con qué objeto...

En aquel día llegaron a Viena noticias alarmantes anunciando la proximidad del ejército enemigo. La ciudad vivía horas tumultuosas, preparándose al combate.

Mañana—dijo Medardus, antes de que comience la lucha, volveré a verla y prometo tener en cuenta tus consejos.

—Acudamos primero a nuestros puestos de honor, Medardus, y dejemos ahora a un lado nuestras pasiones en beneficio de la Patria, que nos pide nuevos sacrificios.

Un cuerpo de tropas pasó cerca de ellos. Del centro de la capital venía el rumor de la multitud inquieta. Cuatro años antes, en 1805, Viena había sido bombardeada por los cañones napoleónicos. ¿Sucedería lo mismo en 1809?

Se avecinaban nuevos sucesos. Las tropas austríacas se hallaban lejos de la ciudad. Los vieneses de elevado espíritu preparábanse para unirse a ellas. Pero la incógnita de la marcha de las fuerzas francesas llenaba a

todos de angustia. Se conocía la existencia del peligro; mas nadie sabía cómo oponerse a él.

Y mientras los patriotas se disponían a la resistencia y la capital de Austria bullía con ese hervor de las muchedumbres asustadas, solas en su casita, Francisca Clark y Ana Berger seguían esperando a Medardus.

—¡Cuánto tarda!—exclamó la madre.

Y Ana, siempre llena de fe y siempre llorosa, decía:

—No importa... El vendrá... Lo sé... Estoy segura...

Y detrás de sus palabras fluía el llanto escandiendo sus mejillas rosadas y quemando sus ojos azules, tan azules que parecían hechas con pedazos de cielo.

IV

Los generalísimos de las fuerzas austríacas, Archiduque Luis y general Hiller, desconociendo los planes del enemigo, habían dejado indefensa a Viena, circunstancia que supo aprovechar Napoleón ordenando a sus tropas una marcha rápida, que las hizo aparecer inesperadamente a las puertas de la capital en la mañana del 10 de mayo de 1809.

Las tropas, no encontrando resistencia, se escalonaron a lo largo de las calles mientras Bonaparte presenciaba su entrada fijando sus ojos rapaces en la ciudad que otra vez hubo de visitar en triunfo.

Los vieneses, que en su mayoría no deseaban la guerra, ansiando de nuevo la paz, acogieron al enemigo extremando la cortesía y aclamando a los regimientos que seguían entrando en Viena.

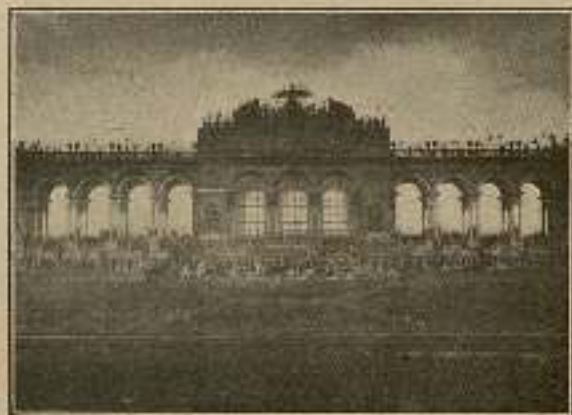
Todos los ojos se dirigían hacia las puertas, esperando al árbitro de la guerra, al general de las águilas victoriosas. Y el gran corso apareció pasando por doble fila de soldados. Se abalieron las banderas que habían tremolado en tantos combates y de los pechos de los soldados salió un grito:

—¡Victoria, victoria por el Emperador!

Lejos sonaba el ruido de la lucha con que unos cuantos héroes intentaban sostener el

honor de las armas austríacas. En unas cuantas fortificaciones y en los redutos de las afueras algunos valientes se negaban a rendirse, haciendo fuego contra los franceses.

Entre este grupo de bravos se hallaban Medardus y Elzel. Era la suya una sublime locura, llena de rasgos temerarios. Su sacrificio



...extremando la cortesía y aclamando a los regimientos que seguían entrando en Viena.

no podría impedir que los soldados extranjeros se hiciesen dueños de Viena.

Y contrastando con esta conducta que regaba con sangre de mártires las piedras de los fortines, los amigos de la paz a toda costa aclamaban a Napoleón, saludando su presencia con vítores y aplausos.

Resonaban los gritos de la multitud aclamando al vencedor de siempre. Uníanse las

voces de los soldados franceses y de los austríacos en la misma consagración. Y a los oídos de los que morían defendiendo a su Patria llegaban las voces hermanas de los que gritaban:

—¡Viva el Emperador!

Napoleón, con cuyo talento militar no había contado Austria al intentar el desquite de sus derrotas en 1805, estableció su cuartel general en el castillo de Schönbrunn, y convencido de que la diplomacia como la espada podía servirle para restar enemigos, propuso a la aristocracia vienesa respetar la ciudad si cesaba en su resistencia.

Poco después, reuniéndose con su Estado Mayor, compuesta por los generales Massena y Lannes, Napoleón dictó los planes que debían ponerse práctica para reducir a los que se mantenían con las armas en la mano.

Fuera del despacho en el que Bonaparte estudiaba la manera de obtener una victoria sobre los vieneses sin recurrir a la violencia, esperaban los oficiales. Las órdenes iban pasando de unas a otros, y en el pavimento de las salas magníficas de Schönbrunn resonaban las espuelas de los ayudantes.

Un teniente se acercó a un húsar de la guardia, uno de aquellos soldados a los que el Emperador recurría en los momentos difíciles y cuyos bayonetas habían decidido muchas veces la victoria.

—¿Qué crees tú que hará el Emperador?

—Mi teniente—contestó el húsar—sólo esperamos la orden de ataque para demostrar a los vieneses que somos los mismos que los visitamos en 1805...

—El Emperador prefiere respetar esta hermosa capital y rendirla sin bombardeo.

El húsar prefería sin duda otra cosa, porque hizo un gesto de desagrado.



Napoleón, con cuyo talento militar no había contado Austria...

—Sin embargo—añadió el teniente.—le enoja que los fuertes no se hayan rendido aún.

Abrióse la puerta del despacho y apareció Napoleón seguido de sus dos generales, Massena y Lannes.

—¡El Emperador!—anunció una voz.
Los oficiales forraron y Bonaparte apareció.



Napoleón dio los planes que debían ponerse en práctica...

como siempre, los brazos a la espalda, la cabeza un poco inclinada y los ojos curioseando con su peculiar viveza.

Se detuvo delante del húsar y con su palabra tranquila, que nunca denotó emoción, le dijo:

Si mañana no capitulan, antes de que llegue el ejército de socorro que esperan, les haremos entrar en razón a razonazos.

Y llegó la mañana y los fuertes siguieron resistiendo.

Desafiando la colera de Napoleón y confiando en que no serían atacados nuevamente, los arrabales sosteníanse ocupados por una multitud confiada que jugaba al heroísmo de una manera inconsciente.

Algunos oradores improvisados dirigían la palabra a la muchedumbre, animándola a resistir.

A Napoleón le exasperó la conducta de los vieneses y ordenó que se hiciesen los preparativos para el bombardeo de los arrabales, ocupados por gentes de temple pacífico, sin espíritu guerrero, curiosos los más, que se dispersaron a la primera granada disparada por los franceses.

Cundió el pánico, el miedo encogió todos los corazones y ante el temor de que se repitiesen las escenas de 1805, alguien propuso:

—Somos vieneses y no podemos permitir que la ciudad sea arrasada de nuevo.

Aquellas palabras fueron como un «¡Sálvese el que pueda!», y la muchedumbre corrió en todas direcciones.

De los arrabales sólo seguía resistiendo el de Maria Hill, contra el que se dirigió la caballería del general Lotherl y la infantería de Contoux. El ataque de aquellas fuerzas, foguadas en todos los campos de Europa, fué irresistible. Ante su empuje vaciló la resistencia. Se habló de capitular.

Un paisano, alzándose sobre un montículo, dirigióse a sus camaradas preguntando:

—¿Nos rendimos?

De todas partes se alzaron las mismas voces diciendo:

—¡Sí... sí...

Y tras un bombardeo cuya intensidad se demuestra con el hecho de que en pocas horas

llovieron sobre Viena 1800 proyectiles incendiarios, los fuertes capitularon también.

En el castillo de Schönbrunn, Napoleón meditaba acerca de la situación de sus tropas. Sabía que el ejército austriaco le esperaba en la llanura de Aspern para librar la batalla definitiva.

—Massena, ¿qué opinas? ¿Debemos atacarlos o debemos esperar su ataque?

—El río nos separa de ellos y la posición de nuestros regimientos teniendo delante el Danubio y a sus espaldas la ciudad, no es la más conveniente para resistir el empuje austriaco.

—¿Crees entonces que debemos vadear el río y presentarles batalla?

—Sí.

—Y tú, Lannes, ¿qué opinas?

—La mismo que Massena.

Napoleón calló, sin decir su manera de pensar. El ejército austriaco estaba aún lejos, y él, que conocía el valor del momento, la eficacia de una circunstancia oportuna, quiso esperar antes de decidirse.

Europa lo miraba. El mundo entero seguía sus movimientos y permanecía atento a la marcha de sus soldados, y él no quería defraudar a su pueblo ni dar la alegría de una derrota a sus enemigos. Necesitaba tener la victoria de su lado, y para conseguirla su atención vigilante esperaba el instante oportuno. Entonces, como otras veces, exclamaría: ¡Ahora!

Y sus regimientos se arrojarían al combate arrancando el triunfo a bayonetazos al enemigo, entre los gemidos de los moribundos y el estruendo del cañón.

Después de rendirse los arrabales y los fuertes, Medardus, que había luchado bravamente a pesar de que su herida seguía hacién-

dole daño, se despojó de su uniforme para acercarse al palacio de los Valois.

Lucia aún el sol en su ocaso. Por las calles silenciosas, sacudidas por el miedo, apenas se cruzaba algún transeunte.

Sin su uniforme, Medardus no temía ser detenido como prisionero de guerra. Sin embargo, avanzaba cauteloso, impaciente por ver a Elena, en cuyo amor creía ciegamente.

El Marqués debía partir aquella tarde hacia París, pero retrasaba su marcha por encontrarse al lado de su prometida.

Medardus, ignorando que la Princesa había dado promesa de casamiento a su primo, acudía lleno de fe en el cariño de la mujer que un día antes lo había favorecido con las gracias de una fugida pasión.

Llegó hasta la puerta del parque y la encontró cerrada. No se desanimó y se dispuso a esperar, con el pensamiento encendido por la memoria de las caricias y en los ojos una luz de entusiasmo.

—¿Qué era entonces de Francisca Clark y de Ana Berger?

La madre y la novia, siempre juntas, siempre abrazadas y siempre llorosas, seguían esperándolo.

—¡Cuanto tarda!—decía de vez en vez la madre.

—No importa... El vendrá... Estoy segura—decía Ana.

Y unidas por la misma pena, la pobre madre y la acongojada novia manteníanse en su postura de víctimas humildes, esperando al que se había ido, esperándolo siempre, sin cansarse...

Aquella tarde llegó al castillo de Schönbrunn un correo urgente con pliegos de París. Pasado a presencia del Emperador, que se hallaba con sus generales, entregó un oficio del Servicio secreto notificando la existencia en la capital de Francia de un grupo de realistas, acudillados por el Marqués de Valois, que conspiraban contra el Imperio.

Napoleón después de leer el informe que le transmitía el Jefe de la policía, frunció el ceño, rugiendo el arco circunflejo de las cejas sobre el puente de la nariz, con aquel gesto tan suyo que precedió muchas veces a actos decisivos para la vida de las naciones.

Luego entregó el pliego al general Rapp, que no pudo contener su indignación.

—Majestad—dijo—sería conveniente destruir ese foco de conspiración, cuya impunidad lo hace más peligroso cada día.

No, mi querido Rapp, mi táctica será distinta—repuso Bonaparte.

En seguida, llamando a uno de sus ayudantes, le ordenó:

—Id al palacio del Duque e invitadlo a la fiesta que ha de celebrarse mañana a la noche en el Castillo.

El Duque de Valois encontrábase en uno de los salones de su palacio con su hija y el Mar-

qués, celebrando una entrevista con algunos de sus partidarios acabados de llegar de París, cuando un criado anunció:

Un enviado del Emperador solicita ser recibido por el señor Duque.

Todos se levantaron como sacudidos por una descarga. El nombre de Napoleón tenía



El Duque, puesto en pie, tuvo entonces ese ademán que sólo otorga la selección que se realiza en las razas escogidas...

la virtud de impresionar siempre, lo mismo a los amigos que a los enemigos.

Entró el ayudante de Bonaparte.

El Duque, puesto en pie, tuvo entonces ese ademán que sólo otorga la selección que se realiza en las razas escogidas, ademán que concede privilegio de nobleza al que sabe

tenerlo. Y con voz clara, sin descender de la elevación que a sí mismo se concedía como Pretendiente, dijo:

—Sea siempre bien venido un francés a mi palacio.

El oficial se adelantó, y señalando a los que le rodeaban, habló:

—Su Majestad el Emperador invita a la muy noble familia del señor Duque de Valois al concierto que ha de darse en la noche de mañana en el castillo de Schönbrunn.

—Es muy amable el Emperador—dijo con ironía Elena.

El ayudante se aproximó a la joven, y en voz baja pero no tanto como para que no fuese oída, le previno:

Cierto, Princesa... El Emperador es tan amable que, a pesar de que para él no hay secretos, os invita a su fiesta, dándoos trato de amigo.

Una intensa palidez se extendió por el rostro de Elena. A su lado el Marqués tuvo como el presentimiento de un peligro próximo.

Los dos primos se miraron fijamente.

El ayudante acababa de marcharse.

—¿Lo habéis oído, Princesa?—preguntóle el Marqués.

—Lo mismo que vos... El Emperador nos invita a su fiesta.

—No me refiero a su invitación, sino a las palabras de su ayudante.

Elena observó con altivez a su primo.

—Y bien ¿qué?—preguntó.

—Para Napoleón no hay secretos. Si parto, pues, esta noche, con toda seguridad no llegaré a la frontera.

Habíase acordado que el Marqués saliese camino de París, donde se le estaba esperando para poner en práctica un proyecto arriesgadísimo.

—Entonces ¿seréis capaz de abandonar a nuestros partidarios?—interrogó Elena fijándole unos ojos iracundos.

—No es que los abandone, sino que creo prudente retrasar mi viaje.

—Pues yo os juro—aseguró ella—que me consideraré desligada de la promesa de matrimonio que os di si retrocedéis ante el peligro.

Y de una manera brusca, seca y violenta como su carácter, Elena dejó a su primo.

Estaba irritada por la amenaza que envolvían las palabras que le había dicho el ayudante. Cualquier obstáculo en sus proyectos la enloquecía, descomponiendo su rostro y poniendo en sus ojos llamaradas de un profundo rencor.

Sintió la necesidad de encontrarse sola y encerróse en sus habitaciones... Parecía indecisa, como si tramase algo terrible que a ella misma la atemorizase. Sus ambiciosos planes acababan de tropezar con el obstáculo de un poder mayor que el suyo.

—¡Si yo pudiese librarme de él!—exclamó.

De pronto creyó ver como en la luz penumbrosa de la estancia cobraba vida una figura que comenzó a delinearse hasta adquirir contornos precisos.

Elena se asustó y se hizo atrás.

—¡Eh!

Pasóse las manos por la frente. Había sufrido una alucinación que pasó ante sus ojos a Bonaparte, su odiado enemigo, la fuerza incontrastable que se oponía a la realización de sus proyectos.

Debatíase durante unos instantes poseída de una rabia frenética. Sus brazos desafiaban al rival odioso; hubiera querido estrujarlo con sus propias manos, escarmentarlo y arrancarle una vida que hacía imposible el logro de sus aspiraciones.

—Sí... el amor de Medardus será el instrumento de mi venganza—dijo súbitamente.

Acordóse del joven impetuoso, crédulo y apasionado, al que había cogido en las redes de su amor.

—El me librará de Bonaparte! exclamó.

Medardus rondaba entonces la puerta del parque. Amor de maldición era el suyo; pero no podía—ni tampoco lo intentó—substraerse a su pernicioso influencia.

Los consejos de Etzel previniéndole contra el engaño de que le hacía víctima la Princesa, pusieron en su corazón el germen de la duda. Sin embargo, seguía amando a Elena y deseaba hablarla para que ella misma desvaneciese sus temores.

Laura vio a Medardus y abrió la puerta del jardín.

—No sé si ella os recibirá hoy—le dijo.

—Mira, sólo quiero saber una cosa. A eso he venido.

El hijo de Francisca Clark temía hacer su pregunta y al mismo tiempo deseaba oír la respuesta que pusiera en fuga su desconfianza.

—Tú que conoces todos sus secretos, dime: ¿me aseguras que el amor de Elena es sincero?

La camarera se asustó de la expresión de Medardus.

—Os ha dado pruebas de que lo es—contestó.

—Es que si me engañase...

—Por Dios, hablad más bajo!

—Es que si me engañase—repitió él—le arrancaré la vida!

Laura huyó temerosa de la violenta actitud del joven, yendo a las habitaciones de su ama.

—Medardus—le dijo—está en la puerta del parque... Se halla como fuera de sí. Duda de vuestro cariño.

—Pues anda, vé y tráelo; necesito hacerle creer que lo quiero más que nunca.

Me parece peligroso hacerlo entrar hallándose el Marqués aquí—aconsejó la camarera.

—El Marqués partirá ahora mismo... No te detengas; tráeme a Medardus.

Elena conocía lo bastante bien a su primo para poder adelantarse a sus determinaciones. Convencida del influjo que ejercía sobre él, estaba segura que, después de amenazarlo con desligarse de su promesa de matrimonio, él no se detendría, saliendo aquella noche hacia París.

Llamaron. El que llamaba era el Marqués, que venía a despedirse. Elena le franqueó la entrada.

—¿Os vais ya?—le preguntó.

—No hago más que satisfacer vuestros deseos.

—Era lo que esperaba de vos.

Siguieron hablando en una conversación de períodos cortos, concisa y de palabras rotundas.

—No vaeis—dijo él—en arrastrar los peligros de un viaje en estas circunstancias.

—Con ello—repuso Elena—no haréis más que servir a una causa, que es la nuestra.

—Recordareis vos vuestra promesa a mi regreso?

—Lograd que triunfen nuestros planes y seré vuestra esposa.

El Marqués de Valois puso sus labios en la mano que ella le ofrecía y partió, dispuesto a seguir un camino sembrado de obstáculos hasta llegar a París, donde se lanzaría a la loca aventura de intentar la caída de Napoleón Bonaparte.

Poco después de haber salido el sobrino del Pretendiente, llegó Medardus, conducido por Laura.

Ella lo esperaba. Quería asegurar su triunfo

y necesitaba un auxiliar valeroso. ¿Sabría serlo Medardus?

Elena tuvo la habilidad de hacer más vivos sus encantos, componiéndose ante un espejo, pidiéndole al tocador el secreto de la belleza subyugadora. Estaba enardecida por su ambición y hallábase dispuesta a no detenerse ante ninguna dificultad.

Medardus entró y miró a aquella mujer espléndida y sin alma, en cuyo amor deseaba creer.

Elena lo atrajo a sí, sentándolo a su lado, mientras su cuerpo se abandonaba en una actitud sin recato.

—No hubiera podido dormir hoy si no os veo y no os hablo antes de acostarme—comenzó mintiendo.

El vaeiló, sintiendo como desaparecían sus dudas empujadas por el verba salido de Elena.

—¿No me creéis?...

—Descozceros, pero a veces dudo y temo que sólo pretendáis utilizarme como instrumento de no sé qué tenebrosos proyectos.

Calla, no hables así—protestó Elena.

E hizo más incitante la expresión de su rostro, ofreciéndole sus labios de bordes finos y rojos como bordes de una herida reciente.

—Te amo desde que puse en peligro tu vida!

Lo arrasó, envolviéndolo en sus brazos sin dejarle hablar, besándolo, como si quisiera enloquecerlo y borrar de su pensamiento toda idea que no fuese la de una adhesión absoluta.

—¿Te acuerdas?—prosiguió.—Nos encontramos cerca de la tumba de tu pobre hermana. Entonces eras mi enemigo. ¡El odio en tus ojos. Me asustó tu voz y la cólera de tus palabras. Sin embargo, te admiré.

Medardus sentía como se borraban de su alma impresiones y recuerdos, como sólo que-

daba viva en ella la imagen de una rosa roja que había servido para acercarle a la Princesa.

—¿Te acuerdas?—añadió Elena.—Fué poco después, cuando supe que estabas batiéndote con mi primo, cuando sentí como en mí se encendía el fuego del amor...

Le abrazaba, desvaneciéndolo con el perfume de su piel, aromada y caliente.

—Desde entonces conocí el inmenso cariño que me obligó a enviarte una flor para que vinieses a verme... Y tú comprendiste el sentido de aquel mensaje.

Medardus ya no pensaba. Sólo sentía.

Una vez pudo hablar y dijo:

—Tengo miedo...

—¿De qué tienes miedo?—preguntó ella.

—Nuestro amor nació bajo un signo fatal... nació junto a la muerte y tal vez esto sea un trágico presagio.

Y la mujer, como una vampresa, absorbía su aliento, entazándolo con la guirnalda de sus brazos.

—Mi cariño es inmenso!—exclamó.

—Y el mío no reflexiona—dijo Medardus.

Ella procuraba ligarlo así, cerrar sus ojos a la duda, embriagarlo con su belleza, adormecerlo con sus palabras de maldición...

—¿Eres mío, mío!—decía.

A la misma hora el Marqués de Valois emprendía el camino de París, esperando merecer el amor de su prima, sin miedo a los riesgos de un viaje en que los espías estaban al acecho para la caza de los conspiradores.

La Princesa Elena era una mujer que no vacilaba en pasar sobre sus víctimas para alcanzar el fin que se proponía. Y así, aun persuadida de que su primo difícilmente lograría librarse de los esbirros de Napoleón, lo obligó a partir, poniéndolo en el trance de

optar entre un amor que nunca le tuvo o su odio.

Y el Marqués, ante la disyuntiva, con su coraje juvenil de aventurero conquistador de un trono, marchó lleno de esperanza, confiando en su destino.

Era ya de noche cuando montó en la carroza que debía conducirlo. Los montes lejanos, refugio de los peligros, poníanse su caperuzas de sombras.

Arrancó el coche. El Marqués miró al horizonte, donde parecía perfilarse la figura del gran corso, recortándose su silueta negra de aguja real sobre la claridad gris de un cielo cubierto aún por las tintas del crepúsculo, y en seguida volvió sus ojos mirando el palacio del Duque, donde quedaba la mujer que con un gesto lo había arrojado de su residencia enviándole a la ciudad en la que le esperaba la muerte.

Como una lamensa araña con ojos de zafiro que ofusca a su presa para impedirle la defensa y luego, poco a poco, la atrae a su red, la envuelve en sus patas y con su boca le desgarró las entrañas para sorberle los jugos de la vida, Elena de Valois tenía entre sus brazos a Medardus, deslumbrándolo con sus miradas, disolviendo su voluntad y convirtiéndolo en un ser sin energía, sumiso y débil.

Primero había sabido expresar una engañosa pasión con decires tumultuosos y sabias caricias. Ahora, llegado el instante de recoger el fruto de su arte, se transformó, convirtiendo su actitud de amante enardecida en la de una pobre mujer temblorosa y asustada.

—Tal vez vengan a prenderme—dijo mirando con recelo hacia la puerta.

Medardus no se explicó este cambio, y sólo vio cerca de sí a la amada triste que tenía miedo y que le pedía protección.

—¿Por qué han de venir a prenderte?—preguntó.

—El Emperador sabe que conspiramos con nuestros partidarios y él no perdona nunca este delito.

Se hizo mimesa su voz, de una cadencia muy suave y acariciadora.

—¡No quiero que me arranquen de tu lado, Medardus!... Defiéndeme. Guárdame contigo.

Le abrazaba, simulando una desesperación sin límites.

—¡Ayúdame, querido mío!—exclamó.

—¿Qué quieres de mí?

—Solo tú puedes salvarme.

Ella, la orgullosa y altiva Princesa, se humillaba como una criatura sin amparo, solicitando que la protegiesen.

Sin duda el Emperador querrá exterminar a toda mi familia, como hizo con el noble Duque de Enghien...

—¿Y qué puedo hacer yo para salvarte?

Elena tornóse blanca y como cohibida, poniendo sus manos en las manos de él, fijándole sus ojos, queriendo aniquilar su reflexión y envenenar su conciencia.

—¡Ah, si tú quisieras!... Tú podrías...

—¿Qué es lo que puedo yo? Dime, mandámelo...

La Princesa se irguió, y con voz vibrante como un clarín guerrero, dijo:

—¡Mátalo, Medardus!... Napoleón es mi mayor enemigo...

De nuevo se enlazó a él, secando las fuentes de su voluntad, queriendo impedir que su recto sentido se sublevara contra lo que le proponía...

—Muerto el Emperador—añadió,—el trono de Francia será mío...

Lo torturaba con sus caricias cada vez más hábiles.

—¡Sí, Medardus, seré reina, y tú!...

—¿Y yo?...

—¡Tú serás rey conmigo!

Medardus guardó un silencio torvo. Ella hizo más intenso su ruego y más ardientes sus besos...

Pero del pensamiento de Medardus acababa



— ¡Mátalo, Medardus!... Napoleón es mi mayor enemigo...

de surgir el recuerdo de Etzel aconsejándole, poniendo la duda en su corazón.

—¡Huye de esa mujer, Medardus! Es una mujer sin alma. Te finge amor para conducirte a sabe Dios qué abismo—le había anunciado el amigo fiel.

Revolvióse, rompiendo la cadena de sus brazos, recobrando su libertad.

—¿Quieres conducirnos al crimen? —preguntó llameando de ira, seguro ya de que aquella mujer no le había amado nunca.

Elena volvió a aprisionarlo.

—Crimen de amor y, por amor es lo que te pido.

—¿Quieres sacrificarme a tu ambición?

—No, quiero elevarte hasta mí y te invito a que uses como pedestal el cadáver de mi enemigo.

Ella no se soltaba de él, temiendo perder las esperanzas que había puesto en su cariño.

—¡Mátalo, Medardus! ¡Mátalo!... Seré reina y tú serás rey. ¡Mátalo, querido mío!...

Vió que él se le escapaba, que toda su obra de engaño se perdía ante la honradez de aquel hombre de espíritu limpio, y como un *chillor-nello* siguió apareciendo en sus labios el mismo grito:

—¡Mátalo, Medardus! ¡Mátalo!...

El hijo de Francisca Clark se acordó de su hermana, muerta por culpa de aquella mujer... Se acordó del juramento que hiciera cuando la extrajeron del río y que después renovó en su tumba... Se acordó de su madre morosa porque tenía haberlo perdido...

Sonaron de nuevo las palabras de Etzel en su pensamiento:

—Esa mujer te engañó... ¡Esa mujer no te amará nunca!... ¡Esa mujer quiere utilizarte como instrumento de alguna hazaña sangrienta!...

Se apartó de Elena, rehuyó su contacto, rechazó sus caricias...

—¿Quieres sacrificarme a tu ambición, como sacrificaste a mi hermana?

Ella no le oyó. Estaba obsesa por su bárbaro deseo.

—¡Mátalo, Medardus! ¡Mátalo!—seguía exclamando.

El la arrojó de sí, como si su proximidad le manchase y con voz cargada de odio, que volvía a sonar como en la noche que estuvieron frente a frente separados por la tumba de Agata, le dijo:

—¡Ha caído la venda de mis ojos!... ¡Mi amor ha muerto!

Ella, viéndolo marchar, le tendió aún los brazos.

—¡Mátalo!—clamó una última vez.

Y al quedarse sola, desesperada, se estrujó las manos, convulsionándose.

Un silencio denso cayó sobre ella, y este silencio abrió en su alma un surco rojo por el que comenzó a pasar la caravana de las malas pasiones.

Volvía a ser dueña de sí.

—¡Todos me abandonan!—exclamó.

Levantóse, dió unos pasos por la estancia, y de pronto, proyectando sus ideas hacia el castillo de Schönbrunn, dijo:

—Tendré que desembarazarme de Napoleón con mis propias manos.

Aquella noche era la del concierto a que el Emperador los había invitado. Elena se dispuso a asistir y comenzó el adorno de su persona, borrando de su rostro las huellas de la cólera, matizando su piel con el color de la alegría y ocultando en su alma sus negros proyectos.

En la residencia del Emperador se hacían los preparativos de la fiesta. El genio de la guerra no olvidaba los placeres aun en los momentos más difíciles. Pensaba entonces además en que el concierto le facilitaría ocasión para sostener una conferencia con Elena de Vuleis y demostrarla la inutilidad de sus manejas. Precisamente horas antes había recibido una noticia de París que le interesaría

conocer a la Princesa y de cuya eficiencia esperaba los mejores resultados.

En la mesa de su despacho había extendido el mapa de los alrededores de Viena y estudiaba con sus generales las próximas operaciones.

Señaló con un dedo un punto en el mapa y dijo a Massena:

—Esta debe ser la posición de las tropas de Hiller.

El dedo corrió por el mapa, indicando lugares estratégicos.

—Y en esta dirección—añadió—debe venir el ejército que manda el Archiduque.

—Majestad!

Un oficial estaba delante del Emperador con una carta. Napoleón la cogió y pasó rápidamente la mirada por sus líneas.

—El enemigo ha intentado pasar el Danubio sin lograrlo—dijo volviéndose a su Estado Mayor.

Empezaban a llegar al Castillo los invitados. Las salas de Schönbrunn llenábanse con el rumor de una multitud adamanada y elegante. Grupos de oficiales formaban corrillos comentando los sucesos que se avecinaban. Se esperaba al Emperador, que seguía en su despacho discutiendo con sus generales.

—Bien, señores, ha llegado la hora del concierto. No hagamos esperar a nuestros amigos—dijo Napoleón.

—Majestad, mañana los espera a nuestros soldados un día rudo. Deberán combatir entre el río y los muros de Viena, con el enemigo en la orilla opuesta...

Elios saldrán portarse con su reconocido valor, mi general... A las tres de la mañana partiremos hacia el Danubio—repuso Napoleón a las palabras de Massena.

—¿A qué hora concluirá entonces el concierto?—preguntó Lannes.

—Antes de esa hora... a las dos.

Salieron del despacho. Los oficiales que se hallaban en la antesala formaron en dos filas. Bonaparte les miró a los ojos y dijo a su ayudante:

—Son buenos muchachos... Ya verás cómo se portan bravamente mañana.

En el salón de fiestas, la orquesta preludiaba los primeros compases de una sonatina, y aunque el dueño de los destinos de Europa nunca tuvo simpatía por la música, prestaba sin embargo el concurso de su presencia en el concierto, persuadido como estaba de que conviene transigir con los gustos de los demás si queremos que los demás disculpen nuestros defectos.

Sus pensamientos iban entonces de la inquietud que le producían las dificultades que necesariamente debía vencer para obtener la victoria sobre los austríacos, al recuerdo de Elena de Valois, cuya presencia en el concierto deseaba.

Elena de Valois subía entonces las escalinatas del palacio.

La aristocracia vienesa, deseosa de hacerse grata, había acudido al castillo para rendir su homenaje al triunfador.

Todas las cabezas se inclinaron al paso de Bonaparte. Hombres y mujeres, descendientes todos de las familias más nobles del reino, prestaban acatamiento al héroe.

Una sola mujer permaneció erguida ante él. Era Elena de Valois. El Emperador, al verla, se le acercó.

—Os agradezco vuestra presencia, Princesa—le dijo.

Llamó a uno de sus servidores, un esclavo rubio que había traído de su campaña de

Egipto, y que le presentó una bandeja de la que él tomó un estuche, abriéndolo y sacando un collar de perlas.

Permitidme—dijo a la hija del Duque de Valois—que os ofrezca este obsequio en prueba de mi consideración personal.

Y sus manos fuertes pasieron en la garganta



Elena de Valois subía entonces las escalinatas del palacio.

de Elena las flores blancas que nacen en los jardines del Océano.

Las miradas de todas las invitadas se dirigieron al grupo que formaban el hombre un poco rudo que había trastornado en pocos años la marcha del mundo, asentando sobre nuevas leyes la vida de los pueblos, y la mujer de belleza exquisita, que poseía la arrogancia majestuosa de su casta, y que ocultaba tras

una expresión sonriente y agradecida su odio y sus ideas de venganza contra el Emperador.

Ella era la misma que aquella tarde en su palacio había gritado loca de ira:

—¡Mata a Napoleón, Medardus! ¡Mátalo!... Es mi enemigo...

Ahora, en cambio, escondiendo dentro de sí



— Os agradezco vuestra presencia, Princesa — le dijo,

sus proyectos de muerte, decía con suave entonación:

—Viéndome a vuestro lado, Majestad, me parece que un trozo de nuestra amada patria, a la que nos está prohibido volver, se halla junto a mí...

Bonaparte dió su mano a la Princesa, y seguidos de los invitados se dirigieron a la sala del concierto.

Fuera, a pocos kilómetros de la capital, había comenzado la lucha entre las avanzadas austriacas y las avanzadas francesas. Las fuerzas del Archiduque seguían en su tenaz empeño de pasar el Danubio, sin lograrlo, defendidas por la cortina de fuego de los soldados napoleónicos. Tronaba el cañón...

En el castillo de Schönbrunn empezó el concierto. Bonaparte tenía a su lado a Elena de Valois. No había contestado a sus palabras cuando ella se lamentó de su destierro. Sin embargo no las olvidaba, esperando el momento oportuno para sus miras políticas de recogerlas y darles respuesta.

—¿Os agrada Viena?—preguntó a Elena.

—Me agrada más París—contestó la hija del Duque.

El Emperador guardó silencio. De pronto, inclinándose hacia ella, le dijo:

—Princesa, nadie lamenta tan vivamente como yo que los Valois no hayan querido amoldarse a las circunstancias poniéndose dentro de la legalidad.

—Hemos sido muy perseguidos—repuso ella.

—Aun es tiempo de que dejéis de serlo... Habladle al Duque vuestro padre y decidle que lo estimo.

La voz de la música apagaba el murmullo de la conversación; pero todos los ojos estaban fijos en ellos, atentos a sus gestos más significantes.

Sucedíanse los motivos en la orquesta. Sus voces armoniosas llenaban el salón, acariciando los oídos. De cuando en cuando el Emperador iniciaba un aplauso y bataban a seguido las palmas de los invitados...

Se respiraba una atmósfera densa, saturada de perfumes femeninos. Las plamas de los abanicos batían el aire. Y alzándose sobre los

rumores, surgía de nuevo la música desplegando sus alas melodiosas.

Napoleón creyó llegado el instante de dar a Elena la noticia que había callado hasta entonces.

—Supongo que ignoráis las circunstancias



—Princesa, nadie lamenta tan vivamente como yo que los Valois no hayan querido...

en que fué detenido vuestro primo el Marqués de Valois—le dijo.

La Princesa no supo acallar un grito de emoción.

—¿Pero, es que ha sido detenido?

—Hace veinticuatro horas, nada más...

—¿Y dónde?

En París... Mas no os inquietéis. Os referiré la forma en que se realizó su prisión,

Hablaba fríamente, haciendo pausas, recargando los efectos de sus frases y subrayando su sentido.

Ella se había dominado y lo oía en silencio. No amaba al Marqués, y si la preocupaba su suerte era por lo que ello perjudicaba a la causa de sus ambiciones.

Presidia una reunión de legitimistas; comenzó explicando con palabra evocadora el Emperador.

Y Elena imaginó a sus partidarios acudiendo, convocados por su primo, a una logia sombría.

—Y cuando estaban en plena conspiración...

Ella evocó la escena de tonos fuertes. El Marqués hallárase sobre un estrado rodeado de realistas que juraban defender los derechos de los Valois...

—...fué sorprendido por la policía—añadió Bonaparte.

¿No se defendieron?—preguntó Elena.

—Alguno intentó salvaguardar con su pecho y con su espada a vuestro primo; pero él, comprendiendo que todo intento de resistencia era inútil, se opuso a la decisión de sus amigos.

El odio de Elena luchaba por resistir los deseos que agarraban sus manos, que hubieran querido hundir el puñal asesino en el corazón de aquel hombre que le refería sin inmutarse el trágico fin del Marqués.

Juzgado por un tribunal militar, que comprobó la existencia de un vasto plan contra mi seguridad... como comprenderéis... fué condenado a muerte.

—¿No hay esperanza para él?—inquirió Elena.

—¡No hay esperanza!

Concluyó el concierto. Un oficial habíase acercado al Emperador para decirle que los movimientos de las tropas austriacas anun-

ciaban un próximo ataque a toda la línea francesa.

Lamento la sentencia de muerte que pesa sobre mi primo, pero bien sé que sería ocioso, en este caso, invocar vuestra clemencia, Majestad.

—En efecto, Princesa, las leyes de la guerra son severas. Espero que sea vuestro primo el último que muera por el vano empeño de querer arrebatarme el trono de Francia.

Comenzaron a desfilar los invitados. Con un saludo gentil Elena contestó al saludo del Emperador.

Salto del castillo de Schönbrunn abrumada por una desesperada cólera, roída por la rabia impotente que le produjo la amenaza que palpó en las palabras postizas de su enemigo.

—No, no será mi primo el último que muera por querer arrebatarme un reino que él usurpó —dijo.

Descendió la escalinata del Castillo. Por las calles pasaban cuerpos de tropas, que se dirigían al frente.

Viena dormía con un sueño inquieto. Muchos de sus hijos estaban luchando en aquellos momentos contra los franceses...

Elena llegó a su palacio. Todo el camino había ido ruidando sus ideas, rojas como gotas de sangre.

—No, no será el último mi primo... Yo moriré también, pero moriré matando —pensó.

Poco después la ciudad despertaba oyendo el estampido de los cañones, que iniciaban su labor destructora en el amanecer del día en que tuvo lugar la batalla de Aspern.

V

Pesaba aún la noche sobre los campos cuando se generalizó la lucha a uno y otro lado del río.

Sobre una luna, firme en su caballo, el Emperador envuelto en su capote destacábase sobre el marco del horizonte azul, lleno de parpadecos de estrellas.

Al concluir la fiesta en el palacio de Schönbrunn, había dicho a sus generales:

—Señores, cada uno a su puesto. Es necesario batir en regla a los ejércitos de Hiller y del Archiduque, pues con la victoria lograremos además poner fin a esta campaña.

Se peleaba con el mismo ardor por las dos partes; pero aun siendo ventajosa la posición de los austriacos, frente a ellas estaba el general más grande de su siglo y de una edad, el soldado que hizo empalidecer los laureles de los héroes de otras épocas, de César y de Alejandro...

Era a orillas del Danubio donde el combate había adquirido su mayor intensidad. Los hombres se hacían, intentando el vado por un puente de tablas. Caían unos tras otros los pelotones, confundidos franceses y austriacos. Los cañones arrojaban toneladas de hierro y las granadas al caer levantaban trombas de agua.

El fango de la fusilería hacía trepidar el aire... El ala derecha del ejército napoleónico, mandada por el general Lannes, sostenía todo el peso del combate.

Defendiendo un reducio atrincherado hallábase entre los suyos Medardus. Al comenzar la batalla hallábase puesto el uniforme, corriendo



Sobre una loma, firme en su caballo, el Emperador, envuelto sobre su capote destacábase sobre el marco del horizonte azul...

al lugar del peligro, sin miedo de perder una vida que le enojaba después de su fracaso sentimental con Elena de Valois.

Su valor en aquellas circunstancias hizo el prodigio de sostener el reducio frente al enemigo. En medio del humo y del estruendo veíasele ir y venir de un lado a otro, infati-

guble, animando a sus compañeros, sin que por un instante decayese su energía. Prodigaba los rasgos de audacia. Propuso una salida para limpiar de franceses los alrededores del reducio, pero el jefe de la posición no le permitió que llevase adelante sus propósitos. Díjase que buscaba la muerte, y la muerte lo rondaba sin caer sobre él, como si le asustase la temeridad de aquel hombre que no le tenía miedo.

A las nueve de la mañana la batalla seguía indecisa, por las especiales circunstancias en que Napoleón se veía obligado a combatir.

Arreciaban en sus esfuerzos franceses y austriacos en las márgenes del río. Como en rucinos caían los hombres segados por la metralla.

Las balas habían respetado el puente, y sobre su armadillo de madera se peleaba bravamente a bayonetazos, queriendo forzar el paso.

La victoria no se declaraba por nadie. Las armas francesas acubaban de sufrir una pérdida sensible, la del general Lannes, que había caído herido de muerte.

El Emperador acudió al lado de su valiente compañero, que tantas veces supo ofrecer los lauros del triunfo, aumentando su gloria con su talento militar.

La noticia conmovió hondamente a Bonaparte. Bajo las balas enemigas corrió a despedir a Lannes.

En una barca, llevando al herido con la cabeza apoyada en los brazos de uno de sus generales, atravesó el Emperador las aguas del Danubio... Se condujo al general a una tienda de socorro.

—Vais a perder al que fué vuestro camarada, Majestad!—exclamó Lannes sintiendo aproximarse su agonía.

Su voz era tenue como un suspiro. Que-

brada la color del rostro, sus ojos se hundían, queriendo cerrarse.

—¡Vivid vos y salvad al ejército!—dijo esforzándose.

La entereza de Napoleón vacilaba viendo morir a uno de sus mejores generales.

Se inclinó hacia él. No lo oyó respirar.



En una barca, llevando al herido con la cabeza apoyada en los brazos de uno de sus generales...

—¡Ha muerto!—exclamó.

Luego, dirigiéndose a los que le rodeaban, dijo:

—La Historia grabará con letras de oro el nombre del heroico mariscal Lannes, y su memoria perdurará a través de los siglos en los anales de nuestra patria, en los que él escribió páginas brillantes.

Las furias de la guerra seguían sembrando de cadáveres los campos. Colbert con su caballería acababa de arrojarlos contra los regimientos del Archiduque, acribillándolos. Pero había tenido que retroceder obligado por el empuje de las columnas de reserva que se precipitaron sobre él con admirable arrojo.



—¡Ha muerto!—exclamó.

Fueron emplazadas doce piezas de artillería en una posición que dominaba el río, y las granadas francesas barrieron la orilla opuesta, abriendo paso a la infantería, que se lanzó al asalto de las líneas contrarias.

De nuevo el Emperador tomó la dirección y con ella la iniciativa del combate.

—Decid a Rapp que limpie la Hana que

ocupa Hiller. Es necesario concentrar las fuerzas contra el ala izquierda—ordenó.

Retumbó el suelo al paso de los regimientos. Se discutía ahora el terreno palmo a palmo.

Con su Estado Mayor, Napoleón seguía las fases de la lucha, sin perder ninguno de los movimientos del enemigo.

Llegó un oficial, que se cuadró ante él:

—¡Majestad, nuestras tropas encuentran una inesperada resistencia!

El Emperador desplegó el plano y comenzó a señalar los puntos que debían acometer sus soldados. Había llegado al fin ese momento en que su intervención iba a decidir la victoria. Llevábalo esperando desde el comienzo de la batalla...

—La victoria es nuestra—dijo.—Bien sabéis que jamás falló a la esta.

Nuevas órdenes cambiarían en poco tiempo la situación de los ejércitos. Con su aguda perspicacia y su clara visión de los sucesos, el Emperador advertía que los instantes que se acercaban iban a dar el resultado de la lucha.

Combinó sus tropas para el ataque final. Dispuso sus objetivos y mandó que trompases las banderas como anuncio de victoria.

—Los austríacos—dijo—no sabrán sacar partido de la excelente situación en que se hallan cuando nuestras tropas vuelvan a la carga con nuevos bríos.

Desde aquel momento la batalla entró en su última fase. Era inútil que los austríacos extremasen la resistencia. Los esfuerzos seguidos y combinados de la caballería y de la infantería francesas, con el apoyo de la artillería, cuyo dominio era un secreto de Napoleón, desconcertó al enemigo, que fue arrollado y deshecho.

Volaron como siempre las águilas sobre los

campos de Aspern, y al mediodía los planes del Emperador se cumplían en todas sus partes.

Gracias a su intervención personal se habían vencido las enormes dificultades que representaban el paso del Danubio y los accidentes del terreno favorables a los austríacos.

Viena aquella noche se encerraría en el silencio de su dolor llorando sobre sus muertos. Y Europa asombrada, una vez más, miraría al vencedor rindiéndole vasallaje.

Las aguas del Danubio, tintas en sangre, arrastraban los cuerpos de los héroes. Aun se sostenía la lucha en sus orillas. El tesón valeroso de algunos austríacos afanábase por restar gloria al triunfo.

También se luchaba en el reduto fortificado donde Medardus desafiaba el peligro.

Hubo un momento en el que, rodeado de enemigos, el jefe del reduto pensó en rendirse. Y entonces fué Medardus el que se opuso.

—Seré el último que se rinda—dijo.—Antes moriré que dejar que esta posición caiga en poder de los franceses.

Los defensores habían sido diezmados. El hijo de Francisca Clark, negro de humo y de pólvora, saltaba por encima de los cadáveres de sus compañeros multiplicándose, tal como si llamase a la muerte y le saliera al encuentro. Batido por la metralla, su denuedo hacía frente a los ataques, sin oír a su jefe que le intimaba para que cesase en su lucha inútil y desesperada.

—La victoria es del Emperador. Nada tenemos que hacer ya.

—¡Morir, esa es nuestra obligación!—contestó Medardus.

Pero el fuerte tuvo que entregarse también y Medardus, desalentado, triste por la desgracia de su patria y por la suya propia, regresó a la ciudad.

Atravesó las calles solitarias, por las que pasaban, como sombras, las figuras desoladas de los que perdieran el padre, el hermano, el marido o el hijo en el combate. Habían muerto muchos. Habían muerto los mejores. La flor de la juventud austriaca quedara en los campos de Aspern, donde las amapolas que naciesen en la primavera serían más rojas que nunca, porque beberían la vida en la sangre de los héroes.

Con el peso de sus angustias marchaba Medardus. No deseaba vivir, y he aquí que la muerte le había deshecho.

Lamentábase de su destino de víctima de un amor en el que pusiera las esperanzas generosas de su juventud, amor malito que secó su corazón y marchitó sus ilusiones.

—¿Y ella? ¿Qué hará ella?—se preguntó.

Acordóse entonces de su venganza, que olvidará durante el combate. Su recuerdo se refrescó, volviendo a cobrar fuerza en su pensamiento las escenas en que Elena se le mostrara tal como era, en toda su ambición capaz de todas las vilezas y de todas las traiciones...

...Se detuvo en el ángulo de una plaza oscura. Estaba cansado de andar. Pensaba en la deuda que había contraído con su hermana Agata y pensaba en la manera de satisfacerla.

De pronto, en la revuelta de una calleja, apareció Francisca Clark.

Todo el día habíalo pasado en una pura angustia, temiendo por la vida de su hijo. Ella y Ana, la novia triste de mirada azul, permanecieron unidas oyendo los rumores del combate que traía a sus almas la congoja del miedo.

—¿Dónde estará, Ana?—preguntó a la joven.

—En su puesto... Yo sé que en estos momentos habrá dejado a la Princesa Elena.

—¿Y si nos lo matan?

—No nos lo matarán—respondió Ana con una confianza que nacía en su alma enamorada.

—Hace dos días que no viene a casa.

—Sí, hace dos días que nos olvidó.

—¿Qué pena, Ana, qué pena!

Y las dos mujeres mezclaban su llanto, adoloridas por el abandono de Medardus.

Las horas transcurrieron lentas, muy lentas... Llegaba de los campos la voz del cañón y los aullidos de las descargas.

—Dios mío, cuándo concluirá esto!—exclamó la madre.

—¡Pobrecitas de nosotras!—dijo Ana.

Tenían los ojos llagados, conidos por las lágrimas que les socavaban el rostro.

—¿No oyes, Ana?... Parece como si el mundo se derrumbase. Se estrecharon medrosas. Ya no podían llorar.

El aire fué rasgado por el silbido de una descarga. Trepidaron los cristales. Francisca Clark y Ana Berger se taparon los ojos, deslumbradas por la llamarada de un incendio.

—¿Qué sucederá, Ana?...

—¡Es horrible!...

Cayeron de rodillas y unieron sus voces:

—¡Señor, Señor, sálvalos! ¡Que él no muera!

¡Sálvalo, Señor!

Poco a poco fueron cesando los ruidos de la batalla. Abogados, secos, sonaban algunos disparos.

Las dos mujeres se abrazaron y quedaron mirándose.

—¿Vendrá él?

—El vendrá...

Significaron esperando. El silencio llenaba la ciudad.

—No viene...

—Esperemos... El vendrá...

Al anochecer, Francisca Clark no pudo

reprimir su miedo y quiso salir en busca de su hijo.

—Quédate, Ana... Yo iré a buscarlo y lo traere.

Comenzó entonces su peregrinación dolorosa por las calles. Todo soldado que encontraba en su camino se le antojaba que era su hijo e iba de unas a otras, mirándolos con un ansia infinitamente triste.

De pronto lo vió. Era él.

—¡Hijo mial...

Medardus miró a su madre como si no la reconociese.

—Las balas te han respetado... ¡Dios ha oído nuestras oraciones!

El callaba, sumido en las profundidades de su pensamiento, en el que sólo nacían ideas homicidas.

—¡Ven, ven a casa!... Ana te espera.

Pujo de él, queriendo llevarlo consigo, contentiendo su alegría que amargaba la actitud de su hijo.

—Ven, Medardus... ¿No quieres ver a tu pobrecita Ana? Ella no se cansa de esperarte. Los días y las noches pasan sin que la cambie su postura de huérfana de tu cariño... Llora y espera. Así siempre...

—Déjame, madre—rechazó él.

La anciana sintió un agudo dolor.

Pero, ¿no te da pena de ella?...

—Ya iré... Ahora no puedo...

Francisca Clark miró a su hijo con inmenso abatimiento.

—Ven, Medardus, acompaña a tu madre-cita... Un instante, sólo un instante. Llegamos, hablas con Ana, le dices... le dices ¿qué le dirás? Dile que la sigues queriendo... Y después te marchas. Pero ahora ven. ¿Cómo disculparte ante esa niña sino?... Se morirá de pena...

Medardus estaba sordo a las palabras de su madre. Nunca concedió su atención a la ternura de Ana y no creía que ella le amase con tal fervor.

—Ya iré, madre, ya iré...

La dejó. Francisca Clark quedóse sola en la calle, sin palabras ya, con sus brazos extendidos implorando al hijo que se iba...

Elena había concebido el proyecto de un atentado contra Napoleón y, antes de ponerlo en práctica, quiso conocer las costumbres del Emperador, para lo cual visitaba con frecuencia el castillo de Schönbrunn donde siempre era bien acogida.

Medardus adivinó los pasos de la Princesa y comenzó a vigilar los alrededores del Castillo y los del palacio del Duque, abrigando su venganza y dándole el calor de su corazón escarneo por la conducta de ella.

Su madre, al mismo tiempo, queriendo recobrarlo, no volvió a su casa y marchó detrás de él, siguiéndolo y arrastrando su pena.

El se había escondido y vigilaba, esperando a Elena. Sólo vivía ya para su venganza.

Francisca Clark decidióse a rogarle otra vez que se volviese con ella. Presentía que la hija del Duque era la única culpable de su alejamiento y se daba cuenta también de que él era desgraciado.

—¿No has olvidado aún a esa mujer?—le preguntó tímidamente.

Medardus no contestó.

—¿Es por ella por quien te encuentras aquí? Entonces él descubrió sus propósitos.

—No es amor lo que me hace buscar a esa mujer—dijo.

—¡Ah, si te oyese Ana!—exclamó la madre.
—...Es el cumplimiento de la promesa hecha a Agata—añadió Medardus.

Renuncia a tu venganza, hijo mío...

Miró a su madre con ojos de loco.

—¿Que renuncie a mi venganza?

—Sí, Medardus... Agata sólo nos pide que no la olvidemos, que no le falte nuestro recuerdo. Ella no quiere sangre.

Pero Medardus no atendió las súplicas de su madre y Francisca Clark volvió a su casa. No le llevaba su hijo a Ana; pero en cambio tenía que darle una buena noticia.

—¿Y él?—preguntó la joven viendo que volvía sola.

—No viene, pero no importa... Ya es nuestro y nadie nos lo robará.

—Pero ¿por qué no vino?

Francisca no supo decir. Los ojos de Ana mirabanla con una espantosa desolación.

Verás... él...

Pensó una mentira, una pequeña mentira piadosa.

—El... me dijo que vendría esta noche. Por lo visto tiene que hacer...

No me engañéis. Si no vino es porque la otra lo retiene.

—No es cierto, Ana. Créeme... Ya no la quiere. Lo he leído en sus ojos, que no saben mentir, y lo he oído de sus labios... Ahora piensa en su venganza.

Y la pobre madre siguió diciendo palabras de consuelo a la triste Ana, la novia que amaba sin que la amasen y que, sin embargo, nunca se cansó de esperar a Medardus... Su desaliento sólo tenía para expresarse esta frase:

—¡Cuánto tarda!

Y nada más.

Después de su victoria Napoleón quiso granjearse las simpatías del pueblo vienes, ordenando que se abriesen al pueblo las puertas de los jardines que rodeaban el castillo de Schönbrunn. Y en los días de sol, mañana y tarde paseaban los vieneses por las sendas del parque.

Elena acudía a este paseo impulsada por su afán de detallar las costumbres del Emperador.

Una tarde, de regreso a su palacio, encerróse en su gabinete. Exasperada porque al ordenar el fusilamiento de su primo el Marqués de Valois, Bonaparte había destruido sus proyectos ambiciosos de ser algún día reina de Francia, se dispuso a ejecutar su plan, concluyendo con la vida de su enemigo, aunque fuese a costa de la suya.

No podía perdonar el fracaso de sus ilusiones, que constituían la razón de su existencia. Su carácter violento, envenenado por el odio, iba a empujarla a un crimen que la arrastraría a la muerte.

Ya no se acordaba de Medardus. Mucho esperó de él. Pero Medardus rechazó sus criminales insinuaciones, dejándola sola frente a Napoleón.

Sentóse delante de una mesita de palo santo

con incrustaciones de nácar, un escritorio que conservaba aún el perfume de la madera.

Nada delataba la tortura de su ánimo. Cogió pluma y papel y se puso a escribir:

«Sé que voy a morir. Pero quiera que en mi muerte me acompañe el verdugo de Francia. Mi sangre rescatará, después de hundir el puñal en el corazón del Emperador, la sangre del Duque de Enghien y del Marqués de Valois.»

Cerró la carta, se la ocultó en el pecho juntamente con un puñal de paño de oro y hoja fina de acero.

Esperó al siguiente día. Por la noche llamó a su camarera, a la que dió algunos órdenes.

Elena, que había visto a Medardus rondando el palacio, se le dijo:

—Ese hombre os acecha. Tened cuidado, no os haga algún daño.

Elena se encogió de hombros. No la inquietaban las amenazas del hijo de Francisca Clark. Ya no creía en su valor.

Durmió con sueño tranquilo. Por la mañana al despertarse, leyó de nuevo la carta que había escrito y acarició el puñal.

Todas sus ideas giraban alrededor de su plan de venganza, sin que su atención se fijase en cosa alguna.

Sentíase completamente dueña de sí y estaba segura de no errar el golpe.

Salió por la tarde, dirigiéndose al Castillo de Schönbrunn. Los vieneses que discurrían por los jardines, comentaron su presencia con dureza. Nunca habían tenido simpatía alguna por aquella joven orgullosa y altiva que, al mirar, parecía honrar a los que miraba.

Alguien dijo al verla:

—Es una ambiciosa vulgar. Frecuenta la Corte del que siempre fue enemigo de los Valois... Alguna traición trama contra nosotros...

Medardus, al verla, se ocultó. El, como ella, estaba dispuesto a mancharse las manos de sangre.

Elena puso el pie en el primer peldaño de la escalinata del castillo y llevóse la mano al pecho para tentar el puñal.

Continuó subiendo.

De pronto, Medardus salió de su escondite, corrió tras ella y con un grito bárbaro le hundió su puñal entre los hombros.

—¡Aquí terminan tus infamias!— exclamó.— Hoy pagas con tu vida la de mi desgraciada hermana.

Y la Princesa, sin un gemido, desplomóse, rodando las escaleras.

Medardus fue hecho preso en el acto y conducido a una prisión.

Dos oficiales se inclinaron sobre el cadáver de Elena. Uno de ellos vió asomar el puñal y la carta por su descote, y carta y puñal sirvieron para darles a conocer los propósitos que animaban a la Princesa al acudir aquella tarde al Castillo.

—¡Quería asesinar al Emperador!

Hubo un instante de asombro para los que oyeron aquellas palabras, y ninguno de los presentes tuvo una frase de condolencia para aquella mujer ambiciosa y violenta que había sacrificado su vida a sus pasiones, sin que su alma agostada sintiese nunca un estímulo piadoso por nadie.

Preso Medardus, creyendo que su madre estaba también complicada en la muerte de la Princesa, fué detenida y puesta en la misma celda de su hijo.

La pobre madre, que conocía el móvil de la conducta de Medardus, besó sus manos.

—¡La has vengado!— exclamó Francisco Clark.

—Lo había prometido.

—¿Y ahora?



—¡Aquí terminan tus infamias!— exclamó.— Hoy pagas con tu vida la de mi desgraciada hermana.

—Ahora... sólo espero que me castiguen. Es mi mayor deseo. La vida me esterba.

Hablaba con cansancio, como si la vida realmente le pesase. Había consumido en poco tiempo todo el capital de sus ilusiones y de su energía, y después de alcanzar el fin que se propusiera—el de ejecutar su venganza—creía sentir como toda estaba muerta dentro de él, sin que nada le sostuviera, sin que afecto alguno lo animase...

La madre resumió el lacerante comentario de sus lágrimas.

—¿Qué será de Ana?—preguntó. Ella no se encontraba en casa cuando fueron a detenerme.

Medardus no quiso recoger las palabras de su madre.

—¿Ana?... ¿Qué había significado hasta entonces para él?...

Ana había sido, lo mismo que esas mariposas que arden en un vaso de aceite frente a una imagen, la luz que quiso alumbrar su camino, la luz clara que no se apaga nunca y que, como un fuego fatuo, marchaba siempre delante de él... Ana había sido la amiga buena que, sin pedir recompensa, sólo tenía pensamientos para él, y que mientras Medardus corría desalentado, obseso por el cariño de una mujer fatal, lo esperaba en su casa alimentando con su fe el fuego sagrado de su amor...

Y él no se había dado cuenta.

La prisión era oscura, de enormes paredes sin trabajar, que filtraban el agua a través de las rendijas.

En ella, madre e hijo pensaban en su doble destino, tan triste. Un hado adverso parecía enseñarse en Francisca Clark. Joven aun, había perdido a su marido; y ya vieja, un día terrible su hija se suicidaba y otro día su hijo era preso como asesino.

—No estés callado, Medardus... ¡Me da miedo tu silencio! Exclamó.

—Es el silencio que precede a la muerte—repuso él con amargura.

—Pero ¿por qué no quieres vivir?

—En primer lugar porque no me dejarían, pues la justicia que yo hice es castigada con la



—Es el silencio que precede a la muerte—repuso él con amargura.

última pena, y en segundo lugar... porque la vida ya no tiene nada que arrebatarme.

—No digas eso, hijo mío... Acuérdate de Ana. Ella te sigue queriendo aún. Podías ser feliz a su lado...

—No soñemos, madre...

Miraron hacia la puerta, que acababa de abrirse dejando paso a un ayudante del Emperador.

Francisca Clark alentó, vacilando entre el miedo y la esperanza. Pese al oficial sonreía.

—Días mío! ¿Que pasará? preguntó la viejecita.

El ayudante llegó hasta Medardus y le apoyó una mano en el hombro.

En aquel momento sonó un grito. Era Ana que aparecía, con el rostro rojo por una mueca de espanto... La dejaron pasar.

—¡Mi pobre niña!—le dijo la madre.

Y las dos mujeres se abrazaron.

La noticia de la muerte de la Princesa al extenderse por la ciudad había llegado hasta la joven, que seguía esperando a su novio perdido. Corrió a la casa de Francisca Clark y supo entonces la verdad.

Temblaba como una pajarita de las nieves alerida de frío. Su voz llamó a Medardus, que apenas si puso en ella los ojos, como si ya se creyese desprendido de toda ligadura terrena.

Nació un silencio que latía con la esperanza de las dos mujeres, pendientes de las palabras del oficial.

—Ha sido encontrada una carta en el seno de la Princesa, que nos ha dado a conocer su propósito de asesinar al Emperador,—dijo el ayudante.

Medardus hizo un movimiento de extrañeza. Después recordó el odio de Elena a su enemigo y su afán por inducirlo a que le diese muerte.

—Y vos, sin saberlo,—añadió el oficial,—al vengar ofensas pasadas habéis salvado la vida de Su Majestad.

Francisca y Ana sintieron como una ola de sangre alborozada daba calor a sus corazones yertos... Sonrieron y esperaron...

—Así pues—prosiguió el ayudante,—el Emperador os perdona, devolviéndoos su gracia y la libertad.

Una exclamación de júbilo clamoreó en las

gargantas de las dos mujeres. Quisieron abrazar a Medardus; pero éste contuvo su alegría, sepultándolas de nuevo en los abismos del dolor, diciendo:

—No acepto la humillante dádiva de vuestro Emperador.

—¿Os arrepentís acaso de haber librado de la muerte al hombre glorioso que el mundo admira?

—El es el enemigo de mi patria.

Las dos mujeres, aplastadas por aquel golpe que reducía a cenizas sus mejores deseos, se arrastraron hasta él.

—Es que nada significa para ti el cariño de tu madre y los sufrimientos de Ana, que nunca dejó de amarte?

Encerrado en su mutismo, él no contestó.

—¡Hijo, hijo mío! Compadécete de mí. Agata ha muerto, no quieras tú morir también.

Ana, la triste novia, siempre con su amlila blanca vestida de luto, marmuró:

—Nadie ha sabido quererte nunca como yo te quiero, Medardus... No rechaces mi cariño. Por él yo te pido que te salves y que nos salves de la agonía en que nos haces vivir...

El oficial, que después de cumplir su orden había salido de la prisión, volvió al castillo de Schönbrunn y presentóse a Bonaparte.

Señor, el joven Medardus rechaza la libertad que generosamente le ofrecisteis. Afirma que la vida le es odiosa y asegura que prefiere el castigo al perdón...

—¿Le habéis hablado vos mismo?

Tal como me lo ordenasteis, Majestad.

La extraña actitud en que se colocaba el prisionero intrigó al Emperador.

—Quiero hablarle—dijo.

Se dirigió a la prisión, seguido del ayudante.

Al verle, las dos mujeres se arrojaron a sus pies.

—¡Concededle la libertad, Señor!... ¡No escuchéis la voz de su orgullo, herido por la infamia de una mujer!...

Se deluvo cerca de Medardus, al que midió con una mirada.

—¡No quiero deber mi vida a un enemigo de mi patria!—exclamó él.

Napoleón indagó en el rostro del bravo joven y supo leer que sólo nobleza abrigaba en su pecho.

—¿Por qué desprecias una vida que no te pertenece?—le preguntó.

La voz del corso, de timbre sin inflexiones, categórica y dura, resonó en los oídos de Medardus.

—Esa vida—añadió—has de dedicarla al sostén de tu madre y a la felicidad de tu novia...

¡Con qué ojos de agradecimiento miró Ana al hombre extraordinario que había llegado hasta allí para devolverle su perdida alegría! Su alma entumecida tuvo como una sonrisa y los negros velos que la cubrían comenzaron a convertirse en polvo.

—¿Sois mi enemigo, Majestad!—exclamó Medardus.

—¿Luchaste ayer contra mí?

—Sí, Majestad.

Temblaron llenas de susto las dos mujeres ante la viril afirmación de Medardus.

—¿Y supiste tener las armas en la mano con honor?

—Sí, Majestad.

—¿Tienes alguna otra queja contra mí?

—Sois el enemigo de mi patria—insistió Medardus.

—¡Ah, joven! No debe hablarse nunca precipitadamente... La guerra a que me obligó tu Emperador, va a terminarse... No somos pues enemigos.

Medardus comenzó a sentir como la voz de aquel hombre que quería otorgarle un perdón que él rechazaba, engendraba dentro de él nuevos brotes de vida... Alivióse a mirar a su madre y a su novia, las dos un poco agotadas por el sufrimiento, conservando en sus rostros las huellas de las angustias que habían pasado...

—Sólo hemos sido enemigos en el campo de batalla—agregó Napoleón.

Ana puso en sus ojos toda la luz de su cariño y los fijó en él. Su boca pálida quería sonreír, sin lograrlo...

—Ahora se trata de la dicha de dos seres ligados a tu vida y a tu libertad—le dijo señalándole a su madre y a su novia, unidas en el mismo abrazo, que esperaban que él las invadiera con una alegría fácil con que sólo dijese una palabra.

Subitamente, advirtiendo que aquel joven con toda su fortaleza de héroe era un poco ingenuo, el Emperador tuvo una idea admirable que expuso en seguida.

—Además de salvarme la vida—dijo—has librado al mundo de una intrigante que me consta jugó con tu corazón enamorado.

Aquella frase produjo su efecto. Pero quiso el Emperador, con su acabado conocimiento de la psicología de los hombres, concluir con todas las resistencias íntimas que sintiese aun el joven, facilitándole la respuesta que todos esperaban de sus labios, y añadió:

—¿Te obstinarás en despreciar la libertad que mereces cumplidamente y que no tienes que agradecerme siquiera?

Entonces él vió como todo su pasado, desde que conoció a Elena, había sido una terrible mentira, llena de ensañanzas. A su lado tuvo siempre los dos únicos amores sinceros capaces de todos los sacrificios, el de su madre,

y el de su novia. No puso cuidado en acariciar estos amores, y, al abandonarlos, corriendo tras la aventura que le ofrecía la traición de una mujer ambiciosa, sus pies tropezaron en todas las aristas y su alma no volvió a tener reposo...

...Tendió las manos aherrojadas por los grillos y gritó con un sollozo:

—¡Madre! ¡Ana!

Las dos mujeres titubearon mirando al hombre, grande como un Dios, que podía aniquilarlas o concederles todas las bienes de las alegrías puras...

—Abraza a tu hijo, mujer, y tú, inocente joven, abraza a tu futuro esposo...

Fueron sus manos angustias por la gloria las que acercaron a Medardus a la madre y a la novia...

—Podéis partir con él—dijo el Emperador.

Medardus, vuelto en sí de sus pasadas angustias, contempló a su novia con su alma de niño fuerte que teme no ser perdonado... Se fijaba en ella y advertía todo el encanto de su rostro de muchachita tímida de alma infantil que tenía pedazos de cielo por ojos...

Aunque no lo merezca, Ana, mi Ana... ¿me perdonas?

Ella se arrojó en sus brazos y la madre, que al fin podía sentir un poco de felicidad, abrazó a sus dos hijos, buscando defensa en ellos para todos sus dolores...

Y el día 12 de julio de 1869, como anunciara el Emperador a Medardus, firmóse el armisticio entre el júbilo de la población de Viena, fatigada ya de la campaña.

FIN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

es la simpática publicación cinematográfica aprobada unánimemente por las selectas novellitas que ofrece para todos los gustos.

Sale en toda España los miércoles

PRECIOS:

Números corrientes:

Novela y Postal
25 céntimos

Números extraordinarios:

Novela y Postal
50 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1. No hay juegos con el amor (3 ediciones)
2. El Valle Florido (3 ediciones)
3. Amor de madre (3 ediciones)
4. La Virgen de las Rosas (3 ediciones)
5. La culpa ajena (3 ediciones)
6. De hombre a hombre (3 ediciones)
7. Una mujer (3 ediciones)
8. Presiditas y supersticiones (extraordinaria) (3 ediciones)
9. Desbarbado (3 ediciones)
10. El Hábito (3 ediciones)
11. Jimmy Sanson (3 ediciones)
12. La primera novia (3 ediciones)
13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada) (3 ediciones)
14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada) (3 ediciones)
15. La tormenta (3 ediciones)
16. Flor de amor (3 ediciones)
17. La Pantera Negra (2 ediciones)
18. Bajo dos banderas (3 ediciones)
19. Corazón de lobo (2 ediciones)
20. Sueños juveniles (2 ediciones)
21. El mundo y la mujer (2 ediciones)
22. Corazones humanos (2 ediciones)
23. El premio gordo (2 ediciones)
24. La desconocida (2 ediciones)
25. Robo de los bosques (extraordinario) (2 ediciones)
26. La Verdad desnuda (2 ediciones)
27. El cetrino en mentira (3 ediciones)
28. Cien la francesa (2 ediciones)
29. La hija del pasado (2 ediciones)
30. La chica del taxi (2 ediciones)
31. La hija de los traperos (2 ediciones)
32. El príncipe escultor (2 ediciones)
33. Lluvido del cielo (2 ediciones)
34. Mujeres trévolas (2 ediciones)
35. Al calor del hogar (2 ediciones)
36. Sapho (3 ediciones)
37. Director de París (3 ediciones)
38. Lo que vale una mujer (2 ediciones)
39. El Valle de los Gigantes (2 ediciones)

ediciones). 40, La sombra del padre (2 ediciones). 41, Madame Morland (extraordinario) (3 ediciones). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintidós horas y media de permiso (2 ediciones). 45, El delincuente. 46, La hija del arribal. 47, El rancho del oro (2 ediciones). 48, El falsario. 49, De los confines del silencio Norte. 50, Entre hielo. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario) (2 ediciones). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea (2 ediciones). 54, No me olvides (2 ediciones). 55, En los jardines de Marcia. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet (2 ediciones). 58, La Bohème (extraordinario) (3 ediciones). 59, [Pobre Victoria! 60, Realidades de la vida. 61, [Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas (4 ediciones). 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario) (3 ediciones). NUMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El secreto de Polichinela (extraordinario). 70, La Quieta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Paroxa. 73, La Hija del Nuevo Río. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? 75, Bolimpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la cortijera. 82, La película sin título. 83, Todos los hermanos fueron valientes. 84, Espejos del alma.



Postal-fotografía

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Lynn Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Gizard. 21, June Caprice. 22, Sessun Hayskava. 23, Alice Brady. 24, Georges Hiscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Mekowsky. 34, Jorge Wabli. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Bond Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsurn Anki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Du pont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchinson. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margaret Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Max Murray. 64, «Snubs» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Colle. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Vail. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Beatie Love. 84, Wesley Barry.



¿Tiene usted interés en coleccionar las
mejores producciones cinematográficas?

Adquiera todos los libros
que publicamos en la

R I B L I O T E C A

Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica

posee escogemos los me-
jores asuntos, que por
su originalidad y senti-
mentalismo cautivan a
todo amante de buena
y sana literatura.



Vea a continuación el facsímil a una tinta de
las portadas a dos colores de los dos pri-
meros libros de tan interesante biblioteca.

RIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



LOS
HIJOS
DE NADIE

POR
LEDA GYS

UNA PESETA

TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



EL
TRIUNFO
DE LA MUJER

FOR
SÉBASTIEN MARS

UNA PESETA

TERCERA EDICIÓN

PRONTO APARECERÁ

EL PRÓXIMO LIBRO DE

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA



digno sucesor de los hasta la
— fecha publicados. —

Precio popular : 1 peseta

TODO BUEN LECTOR

tendrá interés en formar la

**COLECCION DE
OBRAS MAESTRAS**

DE —
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

En cuyos libros se publican las mejores obras de autores inmortales, adaptadas al cinematógrafo. La colección más sugestiva y económica de España.

**ASUNTOS DE GRAN ORIGINALIDAD,
DELICADOS, INTERESANTISIMOS,
EMOCIONANTES**

LIBROS PARA TODO BUEN LECTOR
AMANTE DE LOS BUENOS LIBROS

SOMETIDO A LA PREVIA
CENSURA MILITAR

